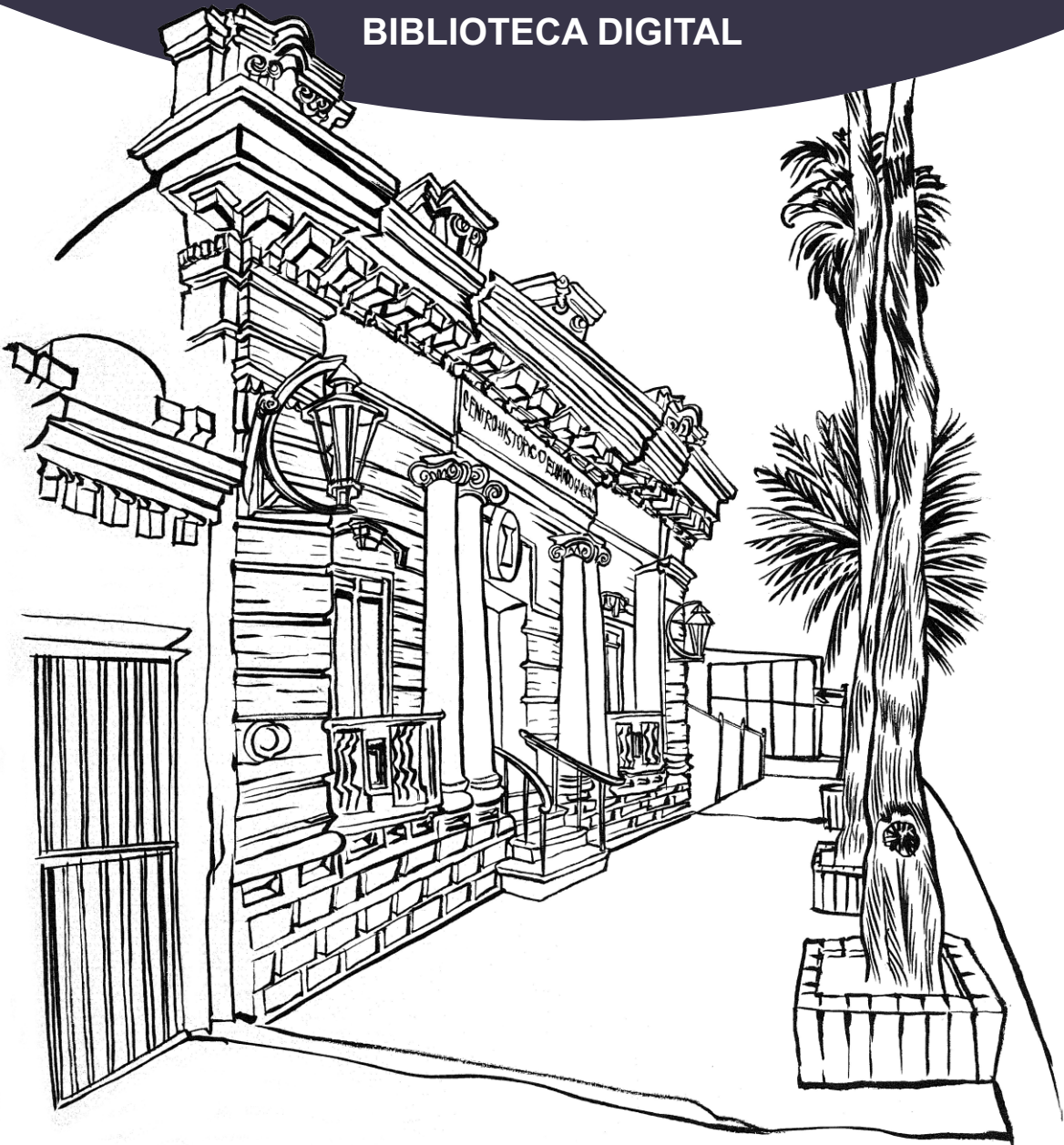




ARCHIVO MUNICIPAL DE TORREÓN



BIBLIOTECA DIGITAL



C. ACUÑA 140 SUR, TORREÓN, COAHUILA, MÉXICO.
TEL.: (52) (871) 716-09-13

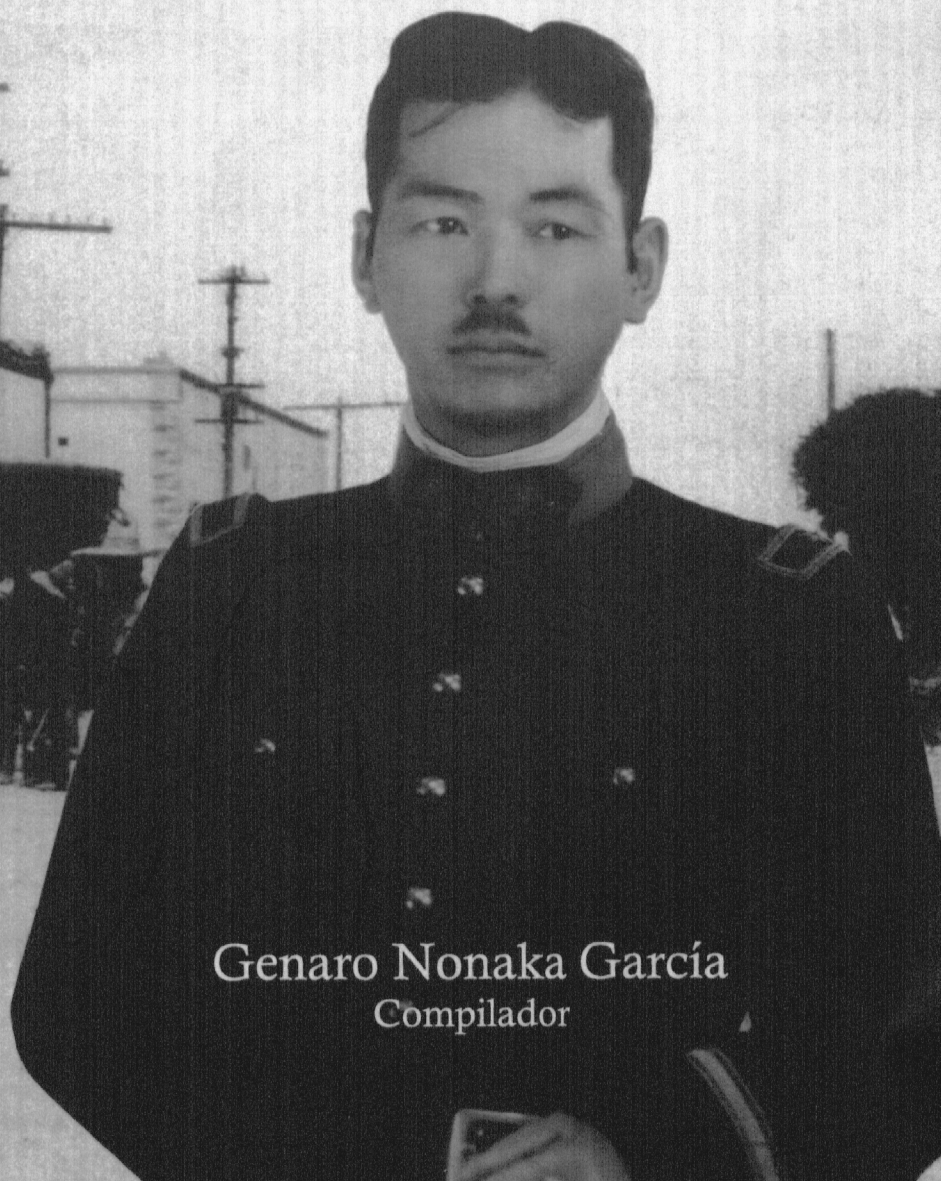
www.torreon.gob.mx/archivo

f Archivo Municipal de Torreón Eduardo Guerra

@ArchivoTRC

Kingo Nonaka

ANDANZAS REVOLUCIONARIAS



Genaro Nonaka García
Compilador

Kingo Nonaka

Andanzas revolucionarias

Compilador
Genaro Nonaka García

Editorial Artificios

©Genaro Nonaka García

Primera edición: Noviembre de 2014

D.R. ©Sueños y Quimeras

ISBN: 978-607-95305-3-2

D.R. ©Editorial Artificios

Abelardo L. Rodríguez 747 Col. Maestros Federales

C.P. 21370 Mexicali, Baja California México.

Esta obra fue editada con el apoyo del Archivo Histórico de Tijuana-IMAC.

Edición, formación y diseño editorial: Elba Cortez y Rafael Rodríguez

Imágenes de portada: Archivo de Genaro Nonaka García y

The University of Texas at El Paso Library.

Diseño de portada: Editorial Artificios

Impreso y hecho en México

Prohibida su reproducción por cualquier medio mecánico
o electrónico sin la autorización escrita del editor.

PRÓLOGO
KINGO NONAKA Y SUS ANDANZAS

Tijuana recibió en los años veinte del siglo pasado, miles de compatriotas mexicanos así como de extranjeros que vieron en Tijuana una ciudad donde emprender sus sueños de superación económica, personal y familiar.

Uno de esos tantos casos fue el señor José Genaro Kingo Nonaka, personaje de origen japonés, que llegó como inmigrante a México en 1906; de 1910 a 1914 participó en la Revolución Mexicana, alrededor de figuras relevantes como Francisco I. Madero y Pancho Villa.

A inicios de 1920 llegó a Tijuana y al ser una ciudad de migrantes, le tocó ser el primer fotógrafo de la comunidad tijuanaense, registrando con su cámara en su estudio y en las casas, instituciones y calles de Tijuana, la dinámica actividad de los tijuanaenses de 1923 a 1942.

Sus fotografías se han convertido en fundamentales para entender la época de la Tijuana de ese tiempo y han dejado una huella imborrable en la historia de nuestra ciudad.

Su único hijo que le sobrevive es el señor Genaro Nonaka García quien, por cierto, nació en Tijuana el 17 de mayo de 1930 y cuenta con una amplia trayectoria como promotor cultural vinculado a la divulgación de la historia de nuestra ciudad. Desde esta condición y durante siete años, entre 2007 y 2014, don Genaro Nonaka García presidió el Patronato Ciudadano del Archivo Histórico de Tijuana, aportando su tiempo, experiencia

y recursos de información para trabajar conjuntamente con esta institución en la promoción y divulgación de la historia de la ciudad.

Fue, precisamente, en el marco de esta vinculación cotidiana por 12 años donde surgió la idea y la necesidad de rescatar y dar a conocer la vida de Kingo Nonaka y su participación en el movimiento de la Revolución Mexicana que hoy prologamos.

Nonaka, el personaje: un migrante japonés en México

Nacido en la prefectura de Fukuoka, Japón, el 2 de diciembre de 1889, el joven Kingo Nonaka llegó a México en 1906, a la edad de tan sólo 16 años, como inmigrante japonés al lado de muchos otros de sus compatriotas.

Su objetivo era trabajar en el cultivo de café en Chiapas. Su arribo fue a través del puerto de Salina Cruz, Oaxaca. Sin embargo, después de laborar por un tiempo decidió partir hacia los Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida, llegando a Ciudad Juárez, Chihuahua, después de tres meses de caminata siguiendo las vías del tren. Establecido en Ciudad Juárez fue adoptado por una señora llamada Bibiana Cardón, quien lo bautizó y le dio educación y manutención.

El capitán Nonaka en el movimiento revolucionario

Tiempo después, trabajó como enfermero en el Hospital Civil de Ciudad Juárez donde le tocó vivir de cerca el conflicto revolucionario enrolándose como enfermero en la sección de

sanidad del grupo maderista y después con los villistas en la famosa División del Norte.

En ese hospital Kingo trabajará durante varios años. Al respecto existe una anécdota que forma parte de la narrativa de la historia nacional donde participó Kingo Nonaka vinculado con el líder revolucionario Francisco I. Madero: la noche del 4 de marzo de 1911, llegó Madero a Galeana, Chihuahua, para planear desde allí un ataque a Casas Grandes. Dos días después, el 6 de marzo, Madero atacó Casas Grandes defendida por el coronel Agustín Valdés, pero el ataque fue repelido y los revolucionarios dispersados por el oeste y el sur, Madero resultó herido de un brazo y el ingeniero Eduardo Hay perdió un ojo y fue capturado. De esa batalla revolucionaria don Kingo será el enfermero que curará la herida de Francisco I. Madero. Se trata de un hecho registrado en los libros de historia de ese periodo, inclusive existe una fotografía donde aparece Madero con un vendaje en la mano derecha, pero la anécdota de que fue el enfermero Nonaka quien lo atendió, personalmente, no está registrada en sus páginas.

Sin embargo, ahí no terminan las andanzas de don Kingo Nonaka en la Revolución Mexicana, ya que hay otras experiencias que a Nonaka le tocó vivir al lado de otros personajes relevantes como el mismísimo Pancho Villa y Rodolfo Fierro, en los álgidos años del movimiento armado.

En su interesante narrativa don Kingo rememora cómo conoció a Francisco Villa, y cómo por órdenes expresas de él se conformó el mejor servicio sanitario de la Revolución Mexicana, participando entre 1913 y 1914 en las batallas de Chihuahua,

Ojinaga, Bermejillo, San Pedro de las Colonias, Paredón, Torreón y Zacatecas, así como las del bajío.

Presencia en Tijuana y legado a la historia e identidad regional

En 1915, el capitán Kingo Nonaka, después de sortear diversas acciones de guerra al lado del general Pancho Villa en la sección sanitaria de la División del Norte, regresó a Ciudad Juárez a trabajar en el Hospital Civil. Ahí conoció a la enfermera Petra García Ortega, con quien contraería matrimonio y procrearía cinco hijos: María, Uriel, Virginia, José y Genaro.

En 1919 renunció al hospital y en 1921 se trasladó a residir a Baja California. Anduvo en Mexicali y Ensenada, pero es en Tijuana en donde se quedó a vivir en compañía de su familia. En esta población fronteriza se empleó como barbero y después laboró en el comercio. Para 1924, el señor Nonaka recibió su carta de naturalización como ciudadano mexicano, firmada por el presidente Plutarco Elías Calles.

En 1923 comenzó a tomar fotografías e instaló un estudio fotográfico ganando rápidamente fama como fotógrafo entre la comunidad tijuanense. En ese contexto, las autoridades de la Delegación de Gobierno lo contrataron para que tomara fotografías a los reos y presos que se localizaban en la cárcel pública, siendo fundador del Departamento de Identificación de la Comandancia de Policía de Tijuana. Con el fin de mejorar su condición como policía y fotógrafo, estudió por correspondencia un diplomado en “Fotografía, Dactiloscopia, Criminología y

Grafología”, graduándose en 1933 por el Institute of Applied Science, de Chicago, Illinois, Estados Unidos.

Entre 1923 y 1942, el fotógrafo Nonaka tomó con su cámara Graflex cientos de imágenes de la Tijuana de los años veinte, treinta y principios de los cuarenta, en especial de las actividades cotidianas de sus habitantes. Por ello, este personaje japonés fue un pionero de la fotografía de la ciudad, ya que sus imágenes se han constituido en clásicas para conocer la Tijuana de ese periodo.

En este mismo orden de ideas, es oportuno recalcar que el señor Nonaka era un conocido miembro de la comunidad tijuanaense de la época: sus hijos fueron a la Escuela Primaria “Miguel F. Martínez” y “Álvaro Obregón”. Don Kingo era un respetable integrante del Cuerpo de Policía de Tijuana. Pertenecía a la Logia Masónica de los Elks y su esposa Petra a la Logia Minerva; asimismo formó parte de la Asociación Japonesa de Tijuana. En 1934 creó una escuela mecánica automotriz para dar oportunidad de estudios a los jóvenes de la época.

Su vida posterior en Ciudad de México

En 1942, debido a los sucesos de la Segunda Guerra Mundial, don José Kingo Nonaka fue trasladado, al igual que otros japoneses, a la Ciudad de México.

En la capital del país fue uno de los fundadores del Instituto Nacional de Cardiología. Y años después se trasladó a Monterrey para laborar en el Hospital Muguersa, pero ya no volvió a Tijuana.

En los años sesenta el gobierno mexicano le otorgó diversas condecoraciones al Mérito Revolucionario, como veterano de la Revolución Mexicana en sus diversas etapas. Ya de regreso en la Ciudad de México, falleció a la edad de 88 años, el 8 de octubre de 1977. Sus restos fueron depositados en el Panteón Jardín de la Ciudad de México.

Los testimonios guardados en el baúl de los recuerdos de su hijo, Genaro Nonaka García, al lado de las anotaciones que en vida elaboró Kingo Nonaka, hoy se compilan y se presentan por primera vez en este libro que consideramos llamará la atención de muchos interesados en la historia de Tijuana y de México.

José Gabriel Rivera Delgado.

Coordinador del Archivo Histórico de Tijuana-IMAC.

Agradecimientos:

*Al Archivo Histórico de Tijuana
del Instituto Municipal de Arte y Cultura de Tijuana.*

A la The University of Texas at El Paso Library.

A la Fototeca Nacional-Conaculta-INAH, Pachuca, Hidalgo.

Al Archivo General de la Nación.

A los historiadores y escritores del estado de Chihuahua.

*A mi familia, en especial a mi esposa Gloria
que siempre me acompaña y me hace comprobar
que dos cabezas piensan mejor que una.*

Gracias a todos ellos.

*Sin su asesoramiento, no hubiera
sido posible la elaboración de esta obra.*

KINGO NONAKA EN MÉXICO

Dice el adagio: “las piedras rodando se encuentran”, y eso se confirma con las fechas de julio 11 de 1889, cuando nace Tijuana y el 2 de diciembre del mismo año, cuando nace en Fukuoka, Japón, en la isla de Kyushu, Kingo Nonaka, mi querido padre.

Japón es un país formado por cuatro islas: Hokkaido, al norte; Honshu, la más grande localizada en medio del archipiélago; Shikoku, la más pequeña y, finalmente, al sur se ubica Kyushu. Las cuatro islas tienen una extensión de 373,000 km, cinco veces menor que la extensión de la república mexicana. En 1872, la población en Japón sumaban poco más de 30 millones de habitantes; el censo de 1923, arrojó la cifra de más de 60 millones de habitantes, (hoy es algo así como más de 125 millones). En contraste, en ese tiempo en México, el problema de mayor preocupación (a partir del siglo XIX), fue la escasa población en algunas regiones del país. Los primeros gobiernos independientes pensaron que la inmigración extranjera podría ser la solución para la colonización y el poblamiento de esas zonas.

México hizo, a los principales países del mundo, una petición para la colonización de su país con emigrantes, pero sólo recibió respuestas de todos ellos en forma de tratado unilateral, que no eran las expectativas que México esperaba; sólo de Japón y China se recibieron respuestas de forma bilateral.

Con respecto a la eventual inmigración asiática ya Francisco Díaz Covarrubias, quien visitó Japón en 1874, encabezando

la Comisión Astronómica Mexicana para observar el tránsito del planeta Venus, anotaba su preferencia por el japonés en contraposición al chino, decía: “Son casi siempre afables, corteses, valientes y dóciles para aceptar todo género de cultura, mientras que en los chinos raras veces se encuentran cualidades semejantes”¹.

Así, el 15 de diciembre de 1883 se promulgó la *Ley sobre colonización y deslinde de terrenos baldíos*, la cual otorgaba facilidades, tanto a colonos mexicanos como a los extranjeros, estableciendo claramente los derechos y obligaciones para ambos tipos de colonos.

En 1888, México tuvo el privilegio de ser el primer país de Occidente en firmar un tratado con un país asiático, que ofrecía absoluta reciprocidad reconociendo la soberanía japonesa, y esto repercutió directamente en la migración japonesa a México, formada por colonos, trabajadores para la industria minera, la construcción del ferrocarril y la agricultura.

En ese contexto, la familia Nonaka, formada por Bunsishi y Tasuyo Nonaka, más siete hijos (todos ellos originarios de Fukuoka, prefectura al noroeste de la isla de Kyushu, Japón), conocieron esta solicitud de inmigrantes colonos y trabajadores, y a algunos les interesó. La decisión de viajar a México fue tomada inaugurando con ello una nueva ruta de vida para el joven Nonaka y su familia. Así lo narra Kingo:

1) M. Ota Mishima. *Siete migraciones japonesas en México*. México, Colegio de México, 1982.

Con mucha tristeza por dejar el terruño y más que nada a mis padres y hermanos, salí de Japón en compañía de Yinkuro, mi hermano mayor, y de mi tío Shiotaro M. Nonaka, hermano de mi papá, en un barco de ruta Japón-Panamá, con escala en Hawái y Salina Cruz, México. La razón de este viaje no era la aventura, sino la necesidad económica, debido al desmedido crecimiento de la población. Durante el viaje casi no sentíamos cansancio, por tantas ilusiones y proyectos que planeábamos.

No duró mucho; experimenté una situación triste, mi hermano se enfermó en el trayecto de un fuerte padecimiento gástrico y, por órdenes de las autoridades del barco, fue bajado del navío para que fuera atendido en una forma más efectiva en un hospital de Hawái, para después, ya sano, regresar a Japón.

Mi tío y yo continuamos el viaje hacia nuestro destino: México. Llegamos a Salina Cruz en diciembre 30 de 1906 (tenía yo dieciséis años). El día 4 de enero de 1907 salimos rumbo a la oaxaqueña Santa Lucrecia, lugar donde trabajaban más de mil japoneses y cerca de quinientos mexicanos, en una plantación de caña para la elaboración de azúcar y alcohol.

Empezamos a trabajar en dichos campos, yo como aguador; empezamos las labores con mucho ánimo, pero el 8 de enero, mi tío fue víctima de un mosquito del paludismo. Por falta de atención médica, después de un mes y días, nuevamente la tristeza me llegó, ya que para ser más preciso, el 15 de febrero mi tío falleció de la infección y altas temperaturas. Me quedé solo, mi tío antes de morir me dejó quinientos pesos, que era todo nuestro capital.

Meses después, el ánimo comenzó a minar la esperanza en la colonia. Algunos de ellos querían regresar a Japón, otros exigían un sueldo más alto, mientras que los demás nos emigrábamos al norte del país, con la intención expresa de ingresar a los Estados Unidos, llegando después de tres meses de caminata siguiendo las vías del tren, a Ciudad Juárez, Chihuahua.

Un nuevo nombre para Kingo

Es en Ciudad Juárez donde se hizo la mayor concentración de japoneses (Kingo Nonaka, entre ellos). La inmigración japonesa en México, según los censos mexicanos de población, en el periodo de 1895-1909 fue de 8,400 en esa región. Casi todos ellos entraron al país por Salina Cruz, exactamente por el puerto de San Benito, hoy Puerto Madero.

Luego de su llegada a Ciudad Juárez surgió un problema muy grave, la falta de conocimiento del idioma. Desesperanzados, algunos japoneses regresaron a sus antiguos trabajos: a las minas de carbón, unas localizadas en Múzquiz, Coahuila; a las minas de oro en Magdalena, Sonora; a las vías de ferrocarril en Colima (porque ellos ya habían trabajado en Ferrocarriles Nacionales de Tehuantepec); al cultivo de la caña de azúcar en Minatitlán, Veracruz. Como estos trabajos ya los conocían y se habían desempeñado en ellos, no hacía falta que conocieran mucho del idioma, puesto que la parte teórica ya la dominaban.

Kingo Nonaka, en su niñez, aparte de ir a la escuela tenía que trabajar en el campo ayudando al sustento familiar, y en sus ratos libres practicaba el buceo profundo junto con sus hermanos

y otros amigos, con la idea de solicitar trabajo en las empresas que se dedican al cultivo de perlas, donde los salarios eran buenos (sobre la costa meridional de Shikoku y Kyushu se desarrolla aún la cría de ostras perlíferas). Una gran mayoría de aspirantes no eran aceptados por no cumplir con los requisitos, uno de ellos era permanecer sumergido a gran profundidad durante tres minutos; él lo lograba sin problema alguno, algunos buceadores profesionales duraban hasta cuatro minutos. Pero para Kingo, la idea de regresar a los antiguos trabajos era como dar marcha atrás a sus propósitos, y sí ya había llegado hasta este punto había que seguir adelante; además, debía cumplir la promesa que le hizo a su hermano, de seguir de frente y triunfar. Pero Yenkuro no regresó a Japón, en Hawái, cuando se sintió bien, trabajó como peón en el campo, se estableció y formó un hogar con un grupo de hijos bastante numeroso.

Durante la estancia de Kingo en Ciudad Juárez, la idea de cruzar a la Unión Americana era una de sus principales metas, ya que mientras dormitaba en la banca de un parque (como todas las noches lo hacía), se la pasaba soñando y soñando, haciéndose ilusiones y pensando en cómo saltar esa barrera que era la falta de conocimiento del idioma, para poder conseguir trabajo para comer y poder subsistir.

Kingo, además, era un adolescente que por su baja estatura y falta de una buena alimentación en esa edad de crecimiento, aparentaba ser un adolescente de menor edad a la que tenía. Esa fue la razón por la cual, una señora de nombre Bibiana Cardón, que todas las mañanas iba muy temprano de su casa rumbo a la

iglesia para asistir a la primera misa del día, y que veía a Kingo dormido en la banca del parque, solo, sucio y mal vestido, una mañana se apiadó de este joven. Lo llevó a su casa con la demás familia en donde lo adoptaron, le enseñaron el idioma, sus costumbres y lo bautizaron poniéndole como nombre: José Genaro.

La familia Cardón tenía como profesión el ser picadores de toros en la fiesta brava y también tenían un almacén de semillas y forrajes para ganado, lugar donde al poco tiempo José Genaro Kingo empezó a trabajar más formal, aprendiendo rápidamente como desarrollar el trabajo; lo aprendió bien y tiempo después estableció su propio negocio de semillas y forrajes. La suerte para él, cambiaba, en parte por la ayuda de la familia Cardón y también por las plegarias de sus padres desde Japón.

Un cambio de rumbo

El domingo 20 de noviembre de 1910, comenzó como muchos otros, En esos días, el general Porfirio Díaz, presidente de la República, se manifestaba preocupado por las noticias inquietantes que llegaban del interior del país y por las aprehensiones de ciudadanos en Orizaba y Tlaxcala; la muerte de Aquiles Sedán, en Puebla; la rectificación del corresponsal de *El País*, en Nueva York, desmintiendo a la prensa de Estados Unidos, que decía que México estaba envuelto en la anarquía y había estallado una revolución; así como los levantamientos ocurridos en algunas regiones del territorio nacional.

Detrás de estas manifestaciones violentas que anunciaban el estallido de la Revolución, se agolpaban múltiples manifestaciones

de injusticia, entre éstas, destacaban la gran concentración de la tierra en unos cuantos propietarios, en perjuicio de la inmensa mayoría campesina; la vida miserable de los jornaleros, explotados por los grandes terratenientes; el endeudamiento de los peones con las tiendas de raya; la entrega de la riqueza petrolera y minera del país a los inversionistas extranjeros; las concesiones ferroviarias, que no obedecieron a las propias necesidades nacionales, sino a las exigencias del capitalismo inversionista; las grandes desigualdades de la sociedad mexicana de entonces, integrada por una minoría privilegiada y por una masa de ciudadanos desposeídos y carentes de derechos; las represiones del régimen del porfirismo, donde tanto unos como otros deseaban aprovecharlos como leña que aviva las llamas del consumo, hacia los humildes campesinos; y a todo intento de oposición o simple protesta; etcétera.

Esta intranquilidad social era patente por la creciente delincuencia, los negocios fueron saqueados por vándalos, y el almacén de José Genaro Kingo no fue la excepción, mucho menos el de la familia Cardón, que era más grande, por esta razón tuvo que dejar el ramo comercial.

Iniciando en la medicina

Después de haber sido víctima del saqueo por el vandalismo, una mañana, Kingo salió de su casa a caminar sin rumbo fijo; su pensamiento era de lamentación por lo acontecido y también por haber perdido la esperanza que ya había sentido, que poco a poco se estaban solucionando sus problemas, sobre todo, económicos. Después de mucho caminar y caminar, regresó a casa

sin darse cuenta que ya había anochecido, razón por la cual, su madrina, la señora Bibiana, estaba muy disgustada por la tardanza. Dice Kingo que le advirtió: “Desde mañana te vas conmigo a mi trabajo, para tenerte vigilado, porque no quiero que te vayas a convertir en un vago”. Y así ocurrió:

A la mañana siguiente me fui con ella al Hospital Civil de Ciudad Juárez, donde mi madrina trabajaba como jefa de enfermeras. Llegamos al hospital y directo nos dirigimos a la oficina administrativa, que estaba a cargo del doctor Carrasco, que aproximadamente tenía unos cincuenta años de edad, blanco, tipo español; y como segundo jefe, el doctor Medina, más o menos de la misma edad, alto, moreno, bien vestidos los dos, muy amables y atentos. Me presentó mi madrina con ellos y muy amablemente le preguntaron que cuál era la razón de que yo estuviera ahí; ella les pidió permiso para que yo permaneciera en el hospital, exponiéndoles el motivo o razón de que yo estuviera cerca de ella, los doctores dieron el permiso. Cuando estábamos en la oficina administrativa vi a través de la ventana que daba al jardín, un lugar donde los pacientes hacían ejercicios, caminaban o tomaban baños de sol.

Cuando dejamos la oficina, mi madrina se dirigió a sus labores y yo me fui al jardín, dándome cuenta que los pacientes comían golosinas y tiraban el papel envoltorio de los dulces al suelo, así como también las cáscaras de fruta y de cacahuates, papeles y bolsas vacías. Empecé a recoger la basura que tiraban y como no tenía nada que hacer, barría tres o cuatro veces al día. Después de casi tres meses, una mañana antes del mediodía, mi madrina me mandó llamar

con uno de sus ayudantes, cuando llegué con ella me abrazó muy fuerte y me dijo: “Estoy muy contenta contigo”, le pregunté cuál era el motivo y me contestó: “El administrador general me dijo”:

—Tienes un buen hijo, lo he estado observando a diario, es muy trabajador, muy limpio y es muy listo para todo, desde que él llegó, por primera vez el patio y el jardín están limpios ¿o solamente que tú se lo hayas ordenado?

—No señor —respondió mi madrina—, yo no sabía nada.

—Bueno, pues dile a tu hijo que desde este mes le vamos a pagar 7.00 siete pesos al mes.

Esa tarde mi madrina me acompañó a comprar un par de pantalones y camisas, un par de zapatos y dos batas blancas. Al día siguiente estrené mi ropa y mi bata. Cuando entré al hospital todas las enfermeras me chuleaban, otras me felicitaban, etcétera, y ya se han de imaginar lo feliz que estaba mi madrina.

No solamente aseaba el jardín sino gran parte del hospital, meses después me enseñaron como asear la sala de operaciones.

Conocí a todos los doctores, enfermeros y enfermeras, y también la identificación de casi todos los enfermos por su nombre y padecimiento.

Aproximadamente, un año después, me ascendieron como ayudante de enfermero, exactamente el día 4 de octubre de 1909, con un sueldo de 25.00 pesos al mes.

Mi trabajo consistía en llevar medicinas a los enfermos, material de curación a los enfermeros o enfermeras, hacer curaciones sencillas y poco tiempo después, curaciones más complicadas.

Poco más de un año después, recibí el nombramiento de enfermero de primera categoría; exactamente el 2 de diciembre de 1910, el día que cumplí 21 años de edad, con un salario de 75.00 pesos al mes y haciendo solemnemente el juramento hipocrático.

Así seguimos cumpliendo con nuestro deber, con mucho, mucho trabajo ya que todos los días iba en aumento la cantidad de heridos que llegaban a mañana, tarde y noche de distintos lugares del estado cercanos a Ciudad Juárez.

Mi trabajo era como asistente de los doctores en algunas intervenciones quirúrgicas; a falta de personal médico y de estar observando el trabajo de los cirujanos, aprendí como usar el bisturí y a suturar heridas, o hacer curaciones a pacientes recién operados, sin descansar, sin dormir o dormir unas horas, sin días de descanso, sin días de fiestas nacionales, sin fiestas de fin de año, sin días de semana santa, razón que me obligó a pedir al doctor administrador del hospital, un permiso de unos días para descansar; concediéndomelos, sin saber que ese permiso cambiaría el rumbo de mi vida.

Los inicios de Kingo Nonaka en la Revolución

Sobre el ingreso de Kingo Nonaka en el movimiento revolucionario de 1910 existe una interesante referencia de este capítulo de su vida escrita por el licenciado Sergio González y publicada en la *Revista Mexicana de Política Exterior*:

En 1910 se inició el movimiento revolucionario mexicano bajo el liderazgo, entre otros, de Francisco I. Madero y, por azares del destino, un ciudadano japonés de nombre Kingo Nonaka, quien

había aprendido enfermería en un hospital y adquirió la licencia para trabajar como enfermero, se encontró un día, en la hacienda donde vivía, con Francisco I. Madero, quien estaba herido después de participar en una batalla cercana a ese lugar y a quien curó de una lesión en el brazo. A partir de ahí, Nonaka se convirtió en médico militar del ejército revolucionario y, en cierta forma, abrió la relación con el personal de la Legación japonesa en México. De ello, un episodio muy conocido en los vínculos entre Japón y México es la defensa que hizo el encargado de negocios de la Legación japonesa en México de la familia de Francisco I. Madero, a los que salvó de ser asesinados, como ocurrió con Madero. La valentía del encargado de negocios japonés, de nombre Kumaichi Horiguchi, llegó al grado de poner la bandera japonesa en la puerta, para frenar la intromisión de las fuerzas del usurpador Huerta; de este modo, más de 30 personas, entre ellas, la esposa del presidente Madero, sus padres y sus hermanas junto con sus hijos, en compañía de todos sus sirvientes, salvaron la vida por la intervención del citado diplomático japonés.²

Una mirada en la historia de la Revolución

En las crónicas de Kingo Nonaka podemos observar aspectos sobresalientes sobre hechos históricos y sobre la conducta y la manera de actuar de importantes figuras del movimiento armado, particularmente en los casos de Madero y el general Villa y

2) Ver González Gálvez, Sergio. (2009). "Eventos históricos de la relación México-Japón". En *Revista Mexicana de Política Exterior*, 86, 9-17.

su famosa División del Norte, a la cual perteneció como capitán primero.

Así, por ejemplo, Nonaka comentaba sobre un acontecimiento importante ocurrido en la hacienda La Loma, en el estado de Durango, donde se reunieron jefes revolucionarios de Durango, Chihuahua y Coahuila para formar la División del Norte. Ésta estaba integrada por varias brigadas generalmente de caballería, aunque muchas veces mixtas. El 29 de septiembre de 1913 nombraron como jefe de la misma al general Francisco Villa, reconocido por muchos sí, y por otros no, como la figura cumbre de la Revolución Mexicana, pieza fundamental del movimiento revolucionario que iniciara el señor Madero el 20 de noviembre de 1910; ídolo de los mexicanos no sólo por sus acciones militares, sino que fue también figura representativa de los grupos sociales más postergados y humillados.

Kingo Nonaka hablaba acerca de que Villa mantenía muy buenas relaciones con sus oficiales, pero también con la tropa, con los soldados rasos. Sabía que éstos, por no tener formación militar, no podían ser disciplinados en el campo de batalla, por eso Villa apreciaba su valor y su entrega al combatir.

Después de la importante toma de Ciudad Juárez, reconocida por la prensa extranjera como la batalla donde el general Villa demostró acción sagaz y su ingenio valiente al asaltar el tren cargado con pertrechos para los federales, y cuyo destino era Juárez, ciudad fuertemente custodiada por los mismos. Villa, entonces, subió a su gente al tren y al llegar éste a su destino, ¿cuán grande no sería la sorpresa del ejército?! que en lugar de pertrechos, eran

revolucionarios los que salían del tren. A esta acción extraordinaria, el general Scott, comandante en jefe de Fort Bliss, le llamó “la batalla del tren de Troya”, el 15 de noviembre de 1913.

Villa avanzó hacia el sur y obtuvo, entre el 23 y el 25 de noviembre de 1913, el triunfo arrollador de Tierra Blanca, que según los expertos extranjeros fue una verdadera cátedra de cómo debe usarse la caballería en los combates a campo abierto. Y es que según el arte de la guerra, al enemigo hay que atacarle y destruirle el eje o sea la línea que forman los laterales y el frente donde se encuentra el poderío. Al atacar el frente los laterales se cierran y dejan al enemigo sitiado y de esa forma lo eliminan.

Pues bien, Villa utilizaba la artillería al mando del general Felipe Ángeles, elemento muy valioso en los triunfos de la División del Norte, para minar la fuerza lateral de ambos lados y atacar el frente con cargas de caballería, de la siguiente forma:

En cada caballo montaba dos jinetes con dos pistolas cada uno, disparándolas; y en la retaguardia otros jinetes con sus balgaduras arrastraban ramas de mezquite atadas a la cabeza de las sillas, creando así una enorme polvareda, provocando confusión y temor entre los federales, dándoles la impresión de que eran atacados por miles y miles de revolucionarios, y entonces los federales huían.

La Revolución Mexicana fue una gigantesca movilización de masas, que llevaron su programa, sus necesidades y su influencia al primer plano de la vida nacional y al extranjero. Anécdotas como éstas describen la singularidad de los hombres que dieron impulso a la primera revolución social del siglo xx.

Han sido muchos los libros sobre los hechos históricos de la Revolución, en su mayoría escritos por los testimonios de los villistas que sobrevivieron. Algunos de ellos narrados por medio de entrevistas en el Proyecto Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia, en los años sesenta y setenta. Mi padre ha sido una de esas voces. Contribuyó con su historia en la “Entrevista al capitán primero, José K. Nonaka”, realizada por América Teresa Briseño, el 28 de junio de 1973, en la Ciudad de México.

Genaro Nonaka García.

KINGO NONAKA
ANDANZAS REVOLUCIONARIAS

POR LOS CAMINOS DE LA REVOLUCIÓN

Sin pensarlo mucho, con mi equipaje y mi maletín de trabajo, tomé el tren con destino a Nuevo Casas Grandes, para de allí tomar camino a Viejo Casas Grandes, Chihuahua.

Allí vivía mi compadre Ricardo Nakamura, con su familia, y años antes me había invitado a su casa unos días para que descansara. Pero ¡oh sorpresa!, al llegar a Viejo Casas Grandes vi que había poco más de 2,000 soldados federales y, otro tanto, en Nuevo Casas Grandes.

La casa de mi compadre era muy grande, de adobe, situada a la entrada de la plaza; afuera de ella había un álamo o nogal muy alto, y al pie de éste corría un arroyo con bastante agua, que utilizaba la gente para lavar su ropa.

La noche del 4 de marzo de 1911, llega Francisco I. Madero a Galeana, Chihuahua, para planear desde allí un ataque a Casas Grandes, Chihuahua. Dos días después, o sea el 6 de marzo de 1911. Madero ataca Casas Grandes, defendida por el coronel Agustín Valdés. El ataque es repelido y los revolucionarios dispersados por el oeste y el sur. Madero resultó herido de un brazo, el ingeniero Eduardo Hay pierde un ojo y es capturado.

Los maderistas tienen un saldo de 58 muertos y 42 prisioneros, y dejan abandonados más de 100 rifles, 400 cartuchos y 60 bombas de mano. Los federales sufren un total de 38 muertos y 60 heridos. Ese mismo día es hecha prisionera Patrocina

Vázquez, única mujer que peleó al lado de las tropas maderistas en Casas Grandes.

Cuando llegué a la casa de mi compadre, en Viejo Casas Grandes, estuvimos platicando largo rato, interrumpiéndonos un fuerte tiroteo acompañado de cañonazos y el estallido de granadas durante varias horas. Después, un poco de calma y silencio, ya que el tiroteo había cesado, sólo en la calle se escuchaba gente llorando, gritos, rezos, gente que hablaba en voz alta, me asomé por la ventana y comprobé lo escuchado, mi compadre me gritó advirtiéndome que me quitara de la ventana, por el peligro de alguna bala perdida.

En eso estábamos cuando tocaron a la puerta fuerte y con mucha insistencia, me asomé por la ventana y vi que eran los vestidos con sombrero tejano y que hablaban en voz alta. Abrió la puerta mi compadre y uno de ellos preguntó:

—¿Tienen alcohol o petróleo?, lo necesitamos para un herido.

Y vi que traían a un señor herido de la mano derecha, me dirigí a él, que estaba sangrando abundantemente, le dije:

—Veo que viene herido y si usted gusta, yo lo curo, soy enfermero diplomado.

Y me contestó:

—No necesitas decírmelo dos veces.

Al examinarlo me di cuenta que no era una herida grave, que solamente fue el roce de una esquirla de granada la que produjo la herida. Hasta ese momento, yo no sabía quién era ese señor. Solamente me fijé que era una persona de baja estatura, bien vestido, con sombrero tipo tejano, polainas, con bigote y barba

estilo francés, comúnmente llamada "piochita". Cuando terminé de curarlo, me dio las gracias y quería pagarme con un billete de 10.00 dólares, yo me negué a recibir la paga por la curación, argumentando que yo no cobraba por ese servicio, que era mi deber y me contestó:

—Tome el dinero, y además, usted, doctor, se viene con nosotros, y será nuestro doctor, así es que póngase su saco y su sombrero, y vámonos.

Volteé hacia la puerta y vi a los acompañantes del señor, uno llevaba el veliz de mi ropa y otro llevaba mi estuche médico, inmediatamente le dije:

—Señor, yo no puedo ir con ustedes porque estoy trabajando en el Hospital Civil y Militar de Ciudad Juárez, y si no me presento a trabajar, me tomaran como desertor y posiblemente, a la cárcel voy a parar.

Y el señor que curé me contestó:

—No te preocupes, yo respondo de ti.

Lo más curioso fue que no me preguntó mi nombre, ni de qué origen era o déjame ver tu pasaporte, solamente me dijo:

—Vámonos, la Patria necesita gente como usted, doctor.

Me despedí de mi compadre y de su familia y me llevaron hasta la colonia Juárez, que es de mormones.

Al día siguiente supe que el señor que curé era el jefe revolucionario Francisco I. Madero, ¡vaya Sorpresa!¹

1) Su nombre completo era Francisco Ignacio Madero González. Nació en la hacienda El Rosario, el 30 de octubre de 1873, en Parras de la Fuente, Coahuila. Cursó estudios en Estados Unidos de América y Europa. Sus padres fueron Francisco Madero Hernández y Mercedes González Treviño.

LUCHANDO CON LOS MADERISTAS

Los maderistas tenían un médico italiano muy competente, pero siempre estaba tomado, a tal grado, que no podía ni caminar. Ese mismo día los maderistas tuvieron que abandonar la plaza de Viejo Casas Grandes, la razón fue un fuerte enfrentamiento entre federales y tropas contra federales que venían de la colonia de Las Palomas, que era una colonia de mormones, en las afueras de Casas Grandes.

En ese enfrentamiento murieron como unas 2 mil personas, entre federales y contra federales. Una nota curiosa fue que, como los maderistas no participaron en el enfrentamiento, lógico es suponer que no tuvieron ni muertos ni heridos.

En esos días las fuerzas maderistas tuvieron mucha acción. Madero, durante un par de meses dirigió, no siempre con orden y concierto, las operaciones revolucionarias. Sabía un poco, pero presentía más, que la lucha se había esparcido por la república. Las juntas revolucionarias de la franja fronteriza estadounidense operaban con desahogo, el gobierno norteamericano no obstaculizaba mayormente el flujo de armas.

El 4 de marzo de 1911, las fuerzas maderistas al mando de Francisco y Andrés Portillo, G. Hernández, J. Granados y T. Terrazas, toman Meoqui, Chihuahua. Ese mismo día hay un tiroteo cerca de Casas Grandes, Chihuahua. Fuerzas maderistas enviadas por Eduardo Hay se enfrentan a un cuerpo de guardias

rurales. Ese mismo día hay combate en la Estación Terrazas, Chihuahua.

El 5 de marzo de 1911 hay combate en la fábrica Bella Vista, en Pilar de Conchos, Chihuahua. Los maderistas, encabezados por Francisco Villa, se retiran a Satevó, después de tres días de tiroteos.

El 6 de marzo de 1911, las fuerzas maderistas queman un puente del ferrocarril en Mata Ortiz, Chihuahua. Hay combate en las afueras de Meoqui, Chihuahua, fuerzas del ejército federal se enfrentan a maderistas encabezados por Francisco y Andrés Portillo, G. Hernández, J. Granados y Telésforo Terrazas, después de seis horas, los revolucionarios se retiran.

El 8 de marzo de 1911 hay tiroteo entre federales y maderistas en el Cañón de Bachimba, Chihuahua, los revolucionarios son encabezados por los hermanos Francisco y Andrés Portillo, G. Hernández, J. Granados y Telésforo Terrazas.

El 9 de marzo de 1911 hay combate en el rancho o hacienda de San Agustín, Chihuahua, el ejército Federal desaloja a los maderistas.

Retomando el momento de nuestra salida de Viejo Casas Grandes y de haber terminado el enfrentamiento entre federales y contra federales, los maderistas se fueron con rumbo a la colonia Juárez, una colonia de mormones, fue en el año de 1911, creo que fue en el mes de marzo.

Llegamos a la colonia Juárez, lugar donde don Francisco I. Madero estableció provisionalmente su cuartel general, exactamente en el rancho de Mr. Kriss, localizado como a unos siete

kilómetros, más o menos, de la plaza de Casas Grandes. Después de esta derrota se le une Pascual Orozco y muchos grupos maderistas. A partir de esta batalla y otras más, con resultados victoriosos y otros no, surgió la gloriosa Revolución, fortalecida con dichos acontecimientos para acabar con la dictadura porfirista y en busca de la Reforma Agraria.

Luego continuamos a Rancho Bustillos, propiedad de Pedro Zuloanga, en el municipio Cuauhtémoc, que se localiza a un poco más de cien kilómetros de la ciudad de Chihuahua. Ahí, el señor Madero, como presidente provisional, otorga los primeros grados militares: a Pascual Orozco, como General; a Francisco Villa, como Coronel y a otros más.

Para ese entonces, yo atendía como a quince heridos, dos de ellos estaban graves y para llegar de Casas Grandes a Ciudad Juárez hicimos dos semanas de viaje. El motivo de la tardanza era que los federales, en su huida, iban quemando los puentes del ferrocarril. Para mí, eran siglos que duraba el retraso, porque el material de curación ya se había terminado. El viaje de unas horas se convirtió en semanas y los enfermos sufrían mucho, sobre todo, los más graves. Yo les daba palabras de ánimo, diciéndoles que cuando llegáramos a Ciudad Juárez iban a ser bien atendidos por unos doctores muy buenos, de lo mejor, que yo los conocía, que eran mis amigos y sanarían sus heridas.

Al día siguiente que llegamos ya casi estaba por iniciarse el mes de mayo, y los maderistas comandados por Pascual Orozco y Francisco Villa estaban preparándose para atacar la plaza. La mañana del día 8 de mayo empezó el tiroteo (esta fue la única

vez que actué como soldado, en acciones posteriores estuve incorporado al servicio médico). Recuerdo el ruido de las armas cortas, las ametralladoras, granadas de mano o cañonazos, como yo estaba ahí, ahora los escuchaba más fuertes.

Después de tres horas de combate empezaron a llegar más heridos; por la tarde, me mandó llamar el señor Madero para que me presentara con mi personal de trabajo en la calle de Mina y Nochistlán, que me esperaba como con 60 heridos. Antes de ir a la cita con el señor Madero fui a buscar a mi amigo el doctor Carrasco, que era el administrador del Hospital Civil y Militar de Ciudad Juárez, para que me facilitara personal y material de curación, pero me informaron que el doctor Carrasco se había ido a El Paso, Texas, para esconderse. Inmediatamente, me fui a buscar a mi madrina Bibiana y la encontré en su casa. Ella me ayudó a que juntara unas diez personas, entre hombres y mujeres, que trabajaban en el hospital como enfermeros. Acudimos a la cita con el señor Madero, con más ánimo por haber conseguido equipo humano. Se alegró de vernos, inmediatamente le presenté a mi madrina y a los enfermeros.

Al señor Madero le dio gusto verme, porque después de la batalla de Casas Grandes, nos separamos. Él se fue al lado americano a conseguir más personal de tropa. Recuerdo cuando quiso tomar la plaza de Casas Grandes, aparte de la tropa revolucionaria, traía como unas cien personas tipo campesinos, armados con escopetas, rifles calibre 22, carabinas 30-30 y otros con machetes. Sin embargo, cuando los maderistas cruzaron el río Bravo a tomar la plaza de Ciudad Juárez, había más de mil hombres

perfectamente armados, eran de distintas nacionalidades, como italianos, alemanes, mexicanos, americanos blancos, afroamericanos y tejanos. Es muy justo señalar en la primera acción de esta batalla, la estrategia tan acertada del general Pascual Orozco y la de su segundo en mando, el coronel Francisco Villa. Las tropas federales estaban en plena huida, algunos sin rumbo, otros a Rancho Chinos, donde se encontraban fuerzas federales muy diezmadas, sin representar ningún peligro para los maderistas y otros que se unieron a las fuerzas revolucionarias.

Por cierto, Pascual Orozco Vázquez,¹ después de esta batalla que llevó a Porfirio Díaz a la renuncia y a la victoria de Madero, por reconocimiento de su trabajo o por ambición, quería que se le otorgara el nombramiento de ministro de Guerra o gobernador de Chihuahua, pero solamente se le nombró jefe de un cargo no muy importante para él, lo que le causó mucha ira y se levantó en armas en contra de Madero, con la ayuda de antiguos compañeros y el capital de ricos porfiristas, formando el grupo de “los colorados”. Orozco dio algunos enfrentamientos fuertes, en los que tuvo que intervenir el general Villa para combatirlo, (por esos días se incorporó al ejército maderista Rodolfo Fierro, para eliminar a los rebeldes orozquistas), y huyó a los Estados Unidos, donde fue acibillado por soldados de aquel país, por robo y por portar armas.

Nosotros nos dedicamos a juntar heridos y muertos para llevarlos al Hospital Civil y Militar de Ciudad Juárez, donde

1) Su padre se llamaba Pascual Orozco Merino, o Sr. Orozco padre.

trabajábamos turnos de 14 a 16 horas. Y yo con muchos deseos de ver al doctor Carrasco y a los demás enfermeros y compañeros de trabajo, pero mi deseo falló. Ni doctores ni enfermeros ni trabajadores. Todos se fueron a El Paso, Texas.

Yo me fui al rancho de Mr. Kriss a ver a mis heridos, de donde regresé con ellos al hospital y encontré más heridos acostados en el piso de la sala y en el pasillo, eran aproximadamente como 250 heridos y sólo estaban mi madrina Bibiana y tres enfermeras, sin ningún doctor, al verme, mi madrina me abrazó y empezó a llorar diciéndome que pensó que ya me habían matado, le pregunté:

—¿Dónde están los doctores y las demás enfermeras?

—Todos huyeron al El Paso —me contestó—, pero si vas con la enfermera María de la Paz, ella sabe donde viven muchas enfermeras y doctores, además, no todos tenían pasaporte y algunos de ellos no pudieron cruzar hacia El Paso.

Después de emplear casi todo el día en buscar personal para el hospital, tanto en Ciudad Juárez como en El Paso, se encontraron cinco doctores, de los cuales, tres eran civiles y dos ya habían trabajado en el Hospital de Ciudad Juárez y diez enfermeras. Empezamos a trabajar durante dos días y tres noches sin descansar.

Debido al movimiento de la búsqueda de personal para el hospital en El Paso, empezaron a cruzar a Ciudad Juárez muchos periodistas americanos que tomaron fotos del hospital de la sala de operaciones, de los heridos y muertos, para publicarlos en sus periódicos. Al día siguiente vino a visitarnos el señor Francisco I.

Madero, acompañado del general Máximo García, Ernesto Madero y como cuatro personas más que no recuerdo sus nombres, y los acompañamos a las oficinas, mi madrina y yo. El señor Madero me preguntó:

—¿Cómo está funcionando el hospital?

—Mal —le contesté—, por la falta de doctores y enfermeras se están muriendo los heridos.

Y también le expliqué la causa de la falta de doctores y enfermeras en el hospital, después de pensar unos minutos nos dio la siguiente orden:

—Cada doctor que tenga o esté trabajando en un consultorio, si no se presenta en una hora, será clausurado su consultorio y también perderá su cédula profesional, así es que mande usted a miembros de la tropa de su confianza a que hagan efectiva la orden.

Esa misma tarde se presentaron doctores, empleados del hospital y doctores particulares, por el miedo de perder su cédula, lo mismo que los enfermeros y enfermeras. Así se empezó a trabajar bajo las órdenes del médico general, que era el doctor Carrasco. Ordenó, tanto a los doctores como a las enfermeras, que nadie podía abandonar el hospital hasta que se terminara de atender y curar a los heridos y que descansara el personal del turno anterior, ya que tenían dos días y dos noches sin descanso curando y recibiendo heridos de nuevo ingreso.

Al ser derrotadas ese día las fuerzas federales, algunos de ellos huyeron a Rancho Chinos que está retirado de Ciudad Juárez

aproximadamente como 25 o 30 Km., y los demás a donde Dios les dio a entender.

Después del combate en Ciudad Juárez, yo vivía en la casa de mi madrina Bibiana y aproximadamente como a las 11 a.m., llegaron el señor Ernesto Madero (hermano de don Francisco I. Madero) con dos personas más, y me dijo que el señor Madero me llamaba urgentemente y enseguida los acompañé al nuevo Hospital Militar Francisco I. Madero de Ciudad Juárez. Ahí nos estaba esperando el señor Madero, me entregó mi nombramiento como Jefe del Personal de Enfermeros, después me presentó a varias personas que lo acompañaban, entre ellos al general Manuel Ochoa, como jefe del Cuartel General; al teniente coronel José de la Paz, como 2º. Jefe; al general Máximo García y como a unas ocho personas más, recibiendo de todos ellos las felicitaciones. Luego el señor Madero me notificó que el general Máximo García se quedaba como jefe del hospital, haciéndose cargo de todo y de todos.²

—Con él se entenderán para lo que ustedes necesiten, pídansele, porque yo me voy a los Estados Unidos de compras, especialmente armas y municiones.

Se despidió y se fue. Esta fue la última vez que vi al señor Madero, en persona.

2) Máximo Castillo fue guardaespaldas de Francisco I. Madero, lo salvó de muchos atentados, cuando asumió la presidencia, lo licenció, por tener ya su guardia oficial, así que regresó a la ciudad de Chihuahua (era originario de Ciudad Guerrero, Chihuahua). Cuando el señor Madero fue asesinado, el gobierno de Huerta lo desterró, se fue a Cuba, donde murió solo y económicamente muy mal.

A LAS ÓRDENES DEL GENERAL VILLA

Después de recibir mi nombramiento, acto seguido, el general García me ordenó:

—Usted mejor que nadie conoce a todo el personal de este hospital, quiero que me seleccione a los mejores dos doctores, enfermeros, enfermeras y sus ayudantes. Los espero mañana a las 9 a.m. en la puerta central de la estación del ferrocarril.

Al día siguiente, cuando llegamos a la estación, ya el tren estaba a punto de partir y enseguida lo abordamos. Apenas alcancé a despedirme de mi madrina, de unos doctores y otras personas que gentilmente habían ido a despedirse y desearnos buena suerte.

A las 10 a.m. salimos con rumbo a Chihuahua, Chihuahua. Después de un tiempo regular llegamos a la estación El Carrizalillo, en ese lugar me presentaron a tres personas y me pidieron de favor que atendiera a dos hombres heridos por arma de fuego, estaban vestidos con ropas de campesinos, uno estaba herido en un muslo, el otro herido en un brazo, inmediatamente sospeché que se trataba de dos soldados federales del ejército de don Porfirio Díaz, por un momento dudé, pero también recordé el juramento que hicimos al administrador del Hospital de Ciudad Juárez, cuando recibí mi diploma de enfermero: “Con este diploma que te entrego, y a partir de este momento, no tendréis enemigos, cumpliréis con vuestro deber y si un asesino de alguno de los tuyos, viene herido y solicitara vuestro servicio, estáis

obligado atender a vuestro prójimo, con todo respeto y cariño, como si se tratara de un familiar vuestro... protestáis...”. Después de recordar el juramento, atendimos y curamos a los heridos, se dieron de alta en el ejército revolucionario y así continuamos nuestro viaje llegando a las Minas de Terrazas, muy cerca de la ciudad de Chihuahua.

Al día siguiente llegamos a la estación del ferrocarril en la ciudad de Chihuahua, de ahí nos dirigimos al cuartel general, donde se encontraba el coronel Francisco Villa y varios de sus jefes, el general Máximo García me presentó al coronel Francisco Villa y demás jefes.¹ Nos trasladamos al Hospital General, lugar donde había muchos heridos que atender, pero primero fuimos al mercado a desayunar, porque dicen que no se puede curar con el estómago vacío. Algunos almorzaron menudo, otros tamales con champurrado, después de saborear nuestro almuerzo nos regresamos al Hospital General, donde nos estaban esperando. Posteriormente, abordamos el tren y salimos con rumbo a Tierra Blanca, a llevar a los muertos, y a los heridos curándolos para luego mandarlos al hospital local y dejarlos al cuidado del personal del mismo. Así continuamos el trayecto rumbo a Ojinaga, después a Bermejillo, San Pedro de las Colonias, Paredón y Torreón.

Después de algunos enfrentamientos, a principios de 1914, después de lo sucedido en Torreón, el general Francisco Villa

1) El nombre verdadero de Francisco Villa era Doroteo Arango Arámbula. Nació el 5 de junio de 1876, en el Rancho Grande o Coyotera, en San Juan de Río, Durango. Sus padres fueron Agustín Arango y Micaela Arámbula.

nos llamó, decía que personalmente nos presentáramos el grupo médico y yo. Nos pusimos a sus órdenes. Como doctores, el Sr. Medina, el Sr. González Ibarra...; enfermeros, José G. K. Nonaka, Javier García, Manuel Pérez, Jorge Navarrete, Francisco García...; enfermeras, María de la Paz, Concepción Navarrete, Guadalupe Mendoza, Josefina González...; afanadores, Daniel, Ramón, Jesús, Mariano, Pedro y Juan...; 18 personas en total formaban el equipo médico que acompañaban al general Villa y su tropa revolucionaria.

Ya estaban esperándonos, nos llamó el general Máximo García, y el general Francisco Villa dijo textualmente:

—Muchachitos estén listos para salir de un momento a otro rumbo a Ciudad Juárez, se van con mucho cuidado con los heridos que los están esperando en la estación del ferrocarril, son dos mil heridos en dos trenes, de los enfrentamientos de Tierra Blanca, Ojinaga, Bermejillo, San Pedro de las Colonias, Paredones, y Torreón. Además, todo el personal de trabajo, de donde salieron los “trenes sanitarios”, rumbo a Ciudad Juárez, comandados por el capitán primero José Kingo Nonaka; comunícate a Ciudad Juárez y dile al general Manuel Ochoa, jefe del Cuartel General, que están construyendo un nuevo hospital bastante grande y que hace tres semanas mandé, con un capitán, suficiente dinero para gastos... Y ahora, mi capitán Nonaka... muchachito, quiero que aquí el general Máximo García te dé una carta donde te nombra como Jefe Principal de los dos trenes, para el conocimiento de todos los trabajadores que viajan en los trenes, para que te obedezcan y te respeten, te recomiendo que tengas

mucho cuidado con los heridos . Nos vemos en Ciudad Juárez...
mi Doctor Nonaka...

Ya el general Máximo García estaba esperándome para entregarme la carta que me acreditaba como jefe principal y responsable por un grupo de más de 300 trabajadores. El general nos despidió y nosotros salimos de Torreón rumbo a Ciudad Juárez.² Después de un día de camino, yo tenía la esperanza de que cuando llegáramos a nuestro destino vería muchas unidades para el traslado de los heridos al hospital, pero cuál sería mi sorpresa que solamente había unos cuantos civiles que veían con curiosidad la llegada de los trenes con los heridos y nada de ambulancias o camiones adaptados para el transporte de los heridos. Nada, que estábamos solos. Inmediatamente llamé al cuartel general y me contestó un teniente que era el asistente del general, en ese momento el general no estaba presente, le pedí que lo localizara con urgencia, le expuse cuál era el problema y el deseo de hablar con el jefe, porque traía 100 heridos graves que requerían de una atención médica urgente, después de media hora llegó el segundo jefe, el teniente coronel José de la Paz, éste me comunicó que no habían recibido ninguna notificación sobre la llegada de los trenes con los heridos.

Al poco rato llegó el general Manuel Ochoa, le dije:

2) La División del Norte estaba formada por varias brigadas, comandadas por lugartenientes del general Villa, en su mayoría de caballería y algunas mixtas, la caballería es formada por escuadrones, los cuales se dividen en batallones, cada uno de ellos en su especialidad, los que, según la ordenanza militar, deben ser mandados por un Capitán Primero, ésta es la razón por la que Kingo Nonaka ostentaba el grado de Capitán Primero de Caballería del Batallón de Sanidad

—Por orden del general Francisco Villa, traigo dos mil heridos en dos trenes y necesitan de inmediato atención médica, alimentación y lugar donde alojar tres mil personas, entre heridos y trabajadores, levantados en Torreón, Tierra Blanca, Ojinaga, San Pedro...

Antes de salir, le había preguntado al general Villa si al llegar a Ciudad Juárez encontraría un lugar donde alojar a los heridos y me contestó:

—Desde hace cuatro semanas están construyendo un hospital muy grande, para que tengan cabida todos los pacientes, por ese mismo tiempo mandé un pagador con grado de capitán, con mucho dinero para los gastos, para que cuando ustedes lleguen, el general Ochoa ya sepa qué hacer.

Pero al llegar, el general Manuel Ochoa no sabía nada de los dos trenes, así es que no teníamos ni comida ni medicinas ni dónde meter a los heridos. Le mostré al general Ochoa la carta de mi nombramiento que me dio el general García, inmediatamente mandaron comprar las provisiones necesarias: carne, sopa, frijol, arroz, café, leche azúcar, sal, en grandes cantidades, como para dar de comer a toda esa gente, tres veces al día; además veinte tinas para cocinar, platos, tazas, vasos, cubiertos, cuchillos y cucharones, una pieza de manta, jabón para lavar y secar los trastes, y veinte hombres para que fabriquen las estufas, y lo más importante, buscar un local lo bastante grande para dar cabida a tres mil camas, medicinas y servicio médico.

Los heridos más graves fueron trasladados al Hospital Militar Francisco I. Madero y los demás se quedaron en el tren para que

fueran atendidos en el mismo, después de casi un mes se terminó de construir y acondicionar un hospital muy grande con el nombre de Hospital Militar Jesús Carranza, en el lugar donde estaba el antiguo Colegio de Agricultura Hnos. Escobar, que en 1913, las fuerzas de Villa confiscaron para la construcción del hospital en las afueras de Ciudad Juárez, la instalación del nuevo hospital quedó muy bien y muy grande, el mismo que ordenó que se acondicionara fue el general Francisco Villa.

El personal del hospital quedó de la siguiente forma: como administrador el C. general Calvillo; como jefe de médicos el C. doctor y coronel Algudín y con 14 doctores y un total de 150 personas, entre doctores, enfermeros y enfermeras, divididos en 100 personas de día y 50 personas de noche. Además, afanadores y mozos de lavandería y ropería, haciendo un total de 140 hombres y 85 mujeres.

Yo seguí desempeñándome como enfermero.

UN TRABAJO ESPECIAL...

Cuando estaba trabajando en el Hospital Jesús Carranza, recibí un telegrama del general Francisco Villa, donde decía: “Te espero mañana en la estación de Nueva Casas Grandes, trae tu veliz y tu estuche médico completo, no faltes mi muchachito”, y su firma. Al día siguiente tomamos el tren, ya me había casado e iba acompañado de mi esposa Petra García de Nonaka, que para ese momento ya era enfermera, y llegamos sin novedad a dicha estación. Efectivamente, ya nos estaban esperando el capitán Apolinar Rodríguez.

—Capitán Nonaka, te espera mi general Villa en San Buenaventura, después de comer, salimos.

Y llegamos sin novedad a San Buenaventura. Inmediatamente nos dirigimos a la oficina del general Villa. Le dio gusto verme, me abrazó, le presenté a mi esposa y me dijo:

—Yo sabía que de seguro no faltarías. Muchachito, te tengo un asunto muy delicado, tengo aquí en San Buenaventura 64 heridos, escondidos en el sótano de la iglesia, están a cargo y al cuidado del señor cura, y ahora tú te harás cargo de ellos. El señor cura tiene bastante dinero para gastos de los heridos, cuando entren a la iglesia vístanse como feligreses y no como enfermeros, y cuando necesites dinero pídeselo al señor cura, él te dará. Vamos a la iglesia para presentártelo.

Llegamos los tres. Nos presentó al señor cura y me mostró una petaca donde guardaba 10 bolsas con mil pesos cada una,

que hacen un total de 10 mil pesos en monedas de oro. Antes de terminar, el general Villa nos dijo:

—No voy de regreso a Columbus con los gringos, porque me viene siguiendo el general Pershing.¹ Es gringo y viene con muchos soldados. Por favor, no vayas a entregar los heridos a los americanos. El señor cura ya sabe todo, le expliqué lo mismo que a ti; confío en ti, porque sólo tú eres firme, muchachito. Hasta otra vista. —Y se fue con su gente.²

Esta fue la última vez que vi al general Villa en persona. La razón de la urgencia era que días antes, el gobierno de Estados Unidos había permitido a las fuerzas federales de Calles y Obregón cruzar hacia México por territorio americano y habían sorprendido a Villa por la retaguardia, causándole muchas bajas en el ataque de Agua Prieta, teniendo que huir. Esto había acumulado mucho odio contra Estados Unidos, pues había un tratado de no intervención y también le habían vendido armamento defectuoso, lo que costó muchas bajas en el ejército revolucionario.

Entonces, Villa y su gente atacan la madrugada del 9 de marzo de 1916, entrando por la garita de Palomas, Chihuahua, rumbo a Columbus, Nuevo México, donde causa muchas muertes y

1) John Joseph Pershing (1860-1948) encabezó la fuerza expedicionaria enviada a México, para seguir a Pancho Villa en 1916 y como segundos jefes, Dwight J. Eisenhower y George Patton, estos dos últimos, figuras muy relevantes en la historia de los Estados Unidos durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

2) Cuando el general Villa dejó a los heridos en San Buenaventura, Kíngo Nonaka, escuchó que uno de los jefes de los revolucionarios dijo "Nos vamos a Santa Bárbara". Kíngo pensó que se trataba de algún pueblito o hacienda, pero nunca lo comentó, y no se imaginó que era el nombre de una sierra en el estado de Durango y las tropas norteamericanas, como comúnmente se dice, voltearon de cabeza todo el estado de Chihuahua, buscando al General Villa.

destrozos al pueblo, siendo perseguido por el ejército americano e introduciéndose a territorio mexicano después.

Nos quedamos con los 64 heridos, curándolos como quien dice día y noche; trabajando mi señora y yo. Después de cuatro semanas, como a las siete de la mañana, llegaron las tropas americanas del general Pershing, quien estableció su cuartel general como a diez kilómetros de retirado de la plaza de San Buenaventura, con dos mil elementos de tropa bien armados. Después de tres días de haber llegado las fuerzas americanas, no sé cuál sería la razón del señor cura, pero les entregó a todos los heridos. Nuestra sorpresa fue cuando nos dirigimos a la iglesia a curar a los heridos, y ya casi para llegar me dice mi señora:

—Voltea hacia la iglesia, hay muchos carros de la Cruz Roja americana.

Nos acercamos más y alcanzamos a contar como diez carros de la Cruz Roja americana, sacaron a todos mis heridos.

Mi señora y yo nos disfrazamos con ropas de campesinos, ella con una caja de dulces y yo con una caja de cigarros de varias marcas para vender en la calle. Nos acercamos poco apoco al cuartel de los americanos pregonando nuestra mercancía, pero más que nada, era para ver si localizábamos a alguno de los heridos nuestros. Estuvimos haciendo lo mismo durante varios días y no vimos a ninguno.

Decidimos visitar una familia que vivía casi enfrente de dicha iglesia, ofreciéndoles cigarros y dulces en venta, pero argumentaron que no tenían dinero. En la parte de afuera de la casa de esta familia estaban jugando unas niñas, les regalamos dulces con la

idea de hacer plática con la familia, enseguida nos ofrecieron que pasáramos y tomáramos asiento y empezamos a conversar. Ellos muy atentos. Nos presentamos, al mismo tiempo nos ofrecieron café, y nosotros dulces y cigarros.

Los nombres de ellos eran Juan Nieto y la señora Ana María de Nieto. Unos minutos después llegó un vecino, amigo de ellos, y nos lo presentaron, era el señor Jesús García; y seguimos la conversación. En un momento, el señor Jesús le preguntó al señor Juan:

—¿No escuchaste una fuerte balacera como a las dos de la mañana en días pasados?

El señor Juan contestó:

—Sí, como no, fueron como tres o cuatro horas de tiroteo. Yo creí que había llegado gente del general Villa para echar fuera a los gringos, no conformes con quitarnos nuestras tierras de Nuevo México, el Chamizal de Texas, ¡ahora también quieren San Buenaventura!, ¡qué chistosos!

Enseguida nos presentamos mi señora y yo como enfermeros de la Cruz Roja revolucionaria, que con órdenes del general Villa veníamos a curar y a atender a 64 personas del ejército revolucionario que estaban gravemente heridos y escondidos en el sótano de la iglesia. Les contamos como personalmente el general Villa los había encargado al señor cura. Relatamos las palabras de Villa:

—Por ningún motivo vayan a mover a los heridos. Solamente con orden mía o de mi doctor Nonaka. Por eso le dejo mucho dinero para los gastos que se necesiten, ¡me entendió, señor cura!

—Sí, señor —le contestó el señor cura—. Sí, mi general, cumpliré con su encargo, no tenga pendiente, estarán tan seguros como mi cruz que cargo en mi pecho; y del dinero lo gastaremos cuidadosamente, para que no se agote, lo espero a su regreso, vaya con Dios. — Y le dio la bendición.

También les contamos que esa misma noche el señor cura cerró el templo, que lo habíamos tratado de localizar y nadie sabía de su paradero.

—Yo creo que huyó con los americanos, o lo mataron y se llevaron su cadáver —dijo el señor Jesús— porque dos horas después pasaron frente a mi casa varios carros de la Cruz Roja americana.

Gracias a esta conversación se aclararon muchas dudas. Después de que el señor cura entregó mis heridos a la Cruz Roja americana, cerró el templo y huyó hacia los Estados Unidos, con 10 mil pesos en monedas de oro.

Desde ese día dejamos la investigación, y regresamos al hospital a rendir nuestro informe.

RESCATANDO DE LAS AGUAS PROFUNDAS AL GENERAL FIERRO¹

Estaba trabajando en el hospital cuando me llamó Conchita, la secretaria, y me dijo:

—Capitán José, lo llaman por teléfono, de larga distancia.

Tomé la bocina y pregunté:

—¿Con quién hablo?

—Soy Nakamura, tu compadre, el cuñado del general Quevedo. Te llamó, compadre, en nombre del general Manuel González, que con mucha urgencia vengas aquí a Nuevo Casas Grandes.

—¿Qué es lo que pasa?

—No sé, únicamente me dijo que vinieras pronto y que el tren sale a las 11 a.m.

Enseguida fui a la oficina del administrador, para solicitar el permiso para ausentarme unos días y el permiso me lo autorizó el teniente coronel y doctor Algudín.

Me fui a la estación, compré mi boleto y apenas alcancé a tomar el tren. Llegamos a Nuevas Casas Grandes, ya me estaban esperando un Mayor de nombre Jorge y le pregunté si él sabía para que me mandaron llamar, me contestó:

1) Rodolfo Fierro nació en Charay, municipio de El Fuerte, Sinaloa. En 1885. Era ferrocarrilero y en 1912 tomó las armas para combatir a la rebelión orozquista, después se sublevó en contra de Huerta y se incorporó a la División del Norte, obteniendo grado de general. Alcanzó celebridad por su gran número de crímenes, ejecuciones y actos vandálicos que cometió. Murió ahogado en la Laguna Guzmán de Casas Grandes, su cadáver fue sepultado en la ciudad de Chihuahua, el 21 de octubre de 1915.

—Mi capitán Nonaka, yo creo que te llamaron por el asunto del general Fierro.

—¿Qué fue lo que le pasó?

En ese momento llegó el general González, bajó de su auto, nos saludamos y me dijo:

—Te llamé, capitán, por sugerencias del general Villa. El general Fierro se mató hace dos días.

—¿Cómo?

—Se ahogó en la laguna Guzmán y no podemos sacarlo; y el cuñado de general Fierro, ofrece dos mil pesos al que saque el cuerpo del general.²

—¿Dónde está esa persona?, pregunté:

—Ya le mandé avisar que habías llegado.

Como a los diez minutos de estar esperando, llegó un ordenanza, se dirigió al general González y le dijo:

—Mi general, dice el coronel que los espera en las lagunas.

Inmediatamente abordamos el auto y nos dirigimos a dicho lugar. Llegamos a un lugar donde hay dos lagunas, la Santa María y la Guzmán. Una era chica, de forma redonda, la Santa María, de aproximadamente unos 250 metros o un poco más. La Guzmán era más grande, de forma alargada, como de unos 600 metros de largo, y se encuentra a un nivel más bajo en la superficie, que la otra, en esta laguna hay muchos peces de buen tamaño, rojos y muy sabrosos. Las lagunas estaban separadas unos 150 metros, una de otra, mientras contemplábamos las lagunas,

2) Recordarán que al inicio de esta narración anotamos que José Kingo Nonaka, en su niñez-adolescencia, practicó el buceo profundo en su tierra natal.

llegó el coronel, cuñado del general Fierro, y el general Manuel González le dijo:

—Te presento al capitán José Nonaka, enfermero de la Cruz Roja, él te sacará de tu apuro, es un buen buzo.

Y dijo el coronel Buenaventura Herrán.³

—Así lo espero, dime que necesitas para iniciar el trabajo de rescate.

Entonces, les contesté:

—Mi coronel, permítame primero buscar donde se encuentra el cuerpo del general Fierro.

Me metí al agua de la laguna hasta el fondo, que tiene una profundidad aproximadamente como de 15 o 20 metros.

La primera inmersión, fue de exploración, ya que al inicio de la laguna, donde cae el torrente de la otra laguna, se forma un fuerte remolino, y más en tiempo de lluvias, cuando estas corrientes son más fuertes. Llegué hasta el fondo donde la visibilidad es nula, debido a la profundidad y el agua turbia por el movimiento del remolino.

La segunda inmersión fue con el fin de explorar el piso del fondo de la laguna; la tercera, para buscar más retirado, de donde se supone cayó el general, para localizar una zona más limpia donde se pudiera filtrar la luz más abajo, con mayor claridad y buscar en ese lugar, por si la corriente hubiera arrastrado el cuerpo. Teniendo que salir a la superficie varias veces por razones obvias, y tomar puntos de referencia.

3) Era esposo de Francisca, la media hermana menor del Gral. Fierro.

Los dos siguientes días fueron para ir cercando el área donde se podría encontrar el cuerpo del general.

Al día siguiente, a la altura donde encontré el cadáver del general Fierro, pasaba el agua sobrante que venía de la otra laguna, por un canal aproximadamente de cuatro metros de ancho y que en la caída del agua a la laguna, formaba un remolino, y que por su fuerza hacía más difícil desempeñar el trabajo de rescate.

Cuentan que por la parte media del canal pasaban a pie los leñadores arriando burros cargados de leña, carretones, etcétera. Y según decían los soldados, que ya habían pasado a caballo gente del general Fierro, varias veces, y lo hacían en la parte de en medio del canal, donde aparentemente no significaba ningún peligro, pero esta vez, venían al frente el general Fierro, su asistente y un capitán, y fue éste el que vio un letrero que decía: "PROHIBIDO PASAR. PELIGRO". El capitán les marcó el alto, advirtiéndole al general lo que estaba escrito, a lo que él, respondió:

—¡Que peligro ni que la...!

Y cruzó exactamente dónde cae el agua del canal a la laguna. Además, en días anteriores habían caído varios aguaceros fuertes, lo que había ocasionado que el piso del canal, en ese lugar, estuviera flojo y falso, lo que ocasionó que jinete y cabalgadura se resbalaran y se hundieran hasta el fondo de la laguna.

Algunos de los presentes opinaban que, por lo pesado del cuerpo corpulento del general, más su ropa, botas, pistola, carri-llera y dinero en monedas de oro dentro de una víbora de cuero fajada en la cintura, todo esto ocasionó que el cuerpo del general

Rodolfo Fierro no pudiera salir a flote y falleciera en el fondo de la laguna Guzmán. Éste y otros muchos comentarios más, decían que habían ocasionado la tragedia.

Salí del agua para pedir que se consiguiera una soga de más de 50 metros, cuando trajeron la soga les di instrucciones de cómo fueran soltándola, para que con el movimiento del agua no se enredara. Tomé la punta y me clavé hasta el fondo, donde estaba el cadáver del general. El cuerpo estaba boca-arriba, con los ojos bien abiertos, reflejando en ellos la desesperación de no poder salir a flote. Le di dos vueltas con la soga a la altura del pecho y la entrepierna, bien apretado y sujetado para que no se soltara con los jalones. Salí a la superficie e hice una señal para que con la ayuda de un caballo jalaran lentamente la soga, para que no se fuera a soltar. Faltando poco para que el cuerpo saliera completamente a la orilla, el coronel, cuñado del general, corrió hacia donde estaba el cuerpo, indicándome que se parara la acción momentáneamente; el nivel del agua me daba un poco más abajo de mis rodillas. El coronel empezó a quitarle cuatro anillos de oro con diamantes, pulseras, un reloj y dos víboras de cuero llenas de algo y me dijo:

—Ahora haga la señal para que jalen y saquen el cadáver.

El coronel salió de la laguna, se montó en su caballo y se fue; calculo que había como unas 500 personas observando la escena del rescate.

Al terminar el rescate rendí mi informe a las autoridades militares, en el que hacía saber:

“Que la caída del general Fierro más que nada fue sorpresiva y directamente hasta el fondo. El agua que cae de la otra laguna,

golpea sobre algo duro, como piedra o piedras grandes, que hacen que la corriente gire hacia un lado, y como sigue cayendo el agua de abastecimiento, esto ocasiona que se forme un pequeño remolino, no peligroso, pero hace que el agua, con el movimiento y la tierra, se vuelve turbia, lo que dificulta mucho la visión. El caballo quedó atrapado, o sea, las extremidades, quedaron hacia la o las piedras, no encontró apoyo porque los cascos, con las herraduras, resbalan en las piedras y esto ocasionó que por más esfuerzos que el animal hizo buscando apoyo, el aire se agotó y murieron ahogados, el general tenía una pierna atrapada con el costado de la bestia”.

Me vestí, fui con el general Manuel González y le rendí mi informe de los hechos de lo que sucedió y las autoridades militares se hicieron cargo del cuerpo de Fierro. Le pregunté al general González:

—¿Quién me va a pagar mi trabajo?

Y el general me contestó:

—El coronel.

Él mismo me acompañó al hotel donde se hospedaba el coronel, al llegar nos dijeron que ya se había marchado y no supimos jamás de él, y como no tenía dinero para mi regreso, le pedí dinero a mi compadre Ricardo Nakamura, y me dio \$100.00.⁴ Me fui al cuartel, vi al general González, le dije que no tenía dinero para regresarme y me dio \$150.00 pesos más.⁵

4) Ricardo Nakamura falleció asesinado salvajemente para robarlo, en la colonia Dublín, en el año de 1937.

5) Francisco Gil Piñón, hijo adoptivo del general Francisco Villa, en su libro Biografía del Centauro del Norte, hace saber en el mismo que el cadáver del general Fierro fue rescatado por unos japoneses.

EL ENCUENTRO CON EL GENERAL OBREGÓN

Salí rumbo a Juárez, en un viaje muy tranquilo que duró ocho horas, al día siguiente me presenté en la oficina de nuestro jefe, el doctor Algudin, en el Hospital Militar Jesús Carranza, le conté lo sucedido en el rescate del cuerpo del general Fierro, me felicitó y también me dijo:

—Capitán Nonaka, ayer recibí un oficio del cuartel general, firmado por el general Manuel Ochoa, donde me dice que mañana llegan 160 soldados, todos heridos de gravedad, es gente del general Álvaro Obregón y vienen en ferrocarril por territorio americano, así es que tendrá que ir a recibirlos.

Al día siguiente, muy temprano, llegué a la estación del ferrocarril en El Paso, Texas, llegó el tren con los heridos, todos ellos graves. Viajaban en carros abiertos donde transportan el ganado. Al día siguiente, como a las cinco de la tarde, llegó el general Obregón acompañado de sus ayudantes oficiales a visitar a sus heridos, esperaba encontrarlos ya atendidos y curados, empezó a regañar a los doctores y enfermeros porque faltaban más de la mitad de los heridos; los doctores y enfermeros ya tenían más de trece horas trabajando sin descansar, además, los doctores, enfermeros, mozos, cocineros, meseros y demás ayudantes, ya tenían siete meses sin recibir su salario, la razón es que el primer pagador huyó con el total de tres meses del salario de todo el personal que laboraba en el hospital; y el segundo pagador también se llevó el salario de cuatro meses de los trabajadores. El personal

del hospital estaba muy indignado con el general Álvaro Obregón, algunos estuvieron a punto de renunciar a su trabajo, pero el general Obregón desconocía por completo el problema que le estaba pasando al personal del hospital.

Rápidamente, me fui a la oficina del doctor Salazar Camacho, un doctor egresado de la Universidad de la Ciudad de México, una persona muy preparada y con mucha facilidad de palabra para hablar en público, le dije al doctor que necesitábamos de su cooperación para que hablara ante el general Obregón, para que le hiciera saber lo que pasaba con el adeudo de siete meses de salario del personal del hospital.

Mientras el general Obregón visitaba a sus enfermos, yo fui a reunir a todos los trabajadores en el patio y lo mismo hizo el doctor Salazar Camacho con todos los doctores, un total de 300 personas. En un espacio de 15 minutos se reunieron todos.

Cuando apareció el general Obregón y sus ayudantes, todos los trabajadores en voz alta, hicieron el saludo. Enseguida, el doctor Salazar Camacho detalladamente le informó al general Obregón el problema del salario de todo el personal por un periodo de siete meses y también preguntó si era posible gestionar para hacer efectivo el problema del adeudo; el general Obregón, inmediatamente le preguntó al administrador, el doctor Almu-
dín sobre la veracidad de lo que había escuchado, el doctor Almu-
dín afirmó los hechos expuestos por el doctor Salazar Cama-
cho. El general dijo:

—Estoy muy apenado con todos ustedes por los hechos, y quiero reconocer su sentido de responsabilidad y darles las gracias por su gran labor.

Inmediatamente ordenó a su pagador le entregara a cada uno de los trabajadores \$100.00 pesos como una gratificación. Mientras eso sucedía, vinieron las presentaciones. Llegó mi turno, me presenté con todo respeto:

—José Nonaka, capitán primero, enfermero de la Cruz Roja y me desempeño en este cargo por órdenes del C. Gral. Francisco Villa.

Después de más de dos horas se acabó el dinero, faltábamos ocho doctores y yo. El general nos dijo:

—Faltó dinero, pero tan pronto como llegue a la ciudad de Chihuahua se los mando, y también voy solucionar su problema, se los prometo.

Al cabo de ocho días llegó el dinero, \$200.00 para cada doctor. A mí me mando un oficio felicitándome por mi buen servicio y \$500.00 en una bolsita de lona.

ADIÓS AL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO

A principios de junio de 1914 fuimos embarcados rumbo a Torreón, artillería, caballería, equipo médico, abastecimientos, etcétera, para después emprender la marcha rumbo a Zacatecas.

Pero en el año de 1916, por órdenes del presidente Venustiano Carranza, regresó la escuela de Agricultura a sus antiguos administradores para que funcionara como tal y ya no como hospital. Así que se llevaron a todos los heridos, algunos del personal y hasta los muebles, a la Ciudad de México.

Yo me quedé trabajando en el Hospital Civil y Militar Francisco I. Madero, en donde había como doscientos pacientes, bajo las órdenes del doctor y coronel Algudín, y ahí trabajé hasta 1919, que es cuando pedí mi baja, misma que me concedieron en una hoja sellada y firmada por el doctor coronel Algudín, nuestro jefe, que además me dio mil pesos como premio.

Escuché una voz que me dijo:

—Ya supe que se retira capitán Nonaka —era el capitán Jesús Negrete.

—Sí, mi capitán —le contesté.

—¿Y cuál es la razón? —me preguntó el capitán Jesús Negrete.

—Ya me casé y quiero cuidar de mi familia, me voy con muy buenos y algunos tristes recuerdos.

—A ver... cuénteme, capitán Nonaka.

—Salvé vidas de oficiales, soldados y civiles, yo calculo que fueron un poco más de dos mil personas. Trabajé en hospitales

o en los campos de batalla como enfermero de la Cruz Roja, sin descansar fines de semana o días festivos.

El trabajo durante la revolución tuvo momentos difíciles, escaseaban los medicamentos. Entre las batallas, si nos encontrábamos cerca de una ciudad nos surtíamos de medicinas del dispensario de su hospital, si no había muchas, procurábamos abastecernos de agua oxigenada, alcohol y yodo, la cantidad que más que se pudiera, teníamos la necesidad de usar agua oxigenada para asepsia; yodo y agua oxigenada para antisepsia; alcohol para esterilizar la piel. Estos ingredientes se cuidaban como si fueran de oro. También usábamos fomentos de agua fría; fomentos de agua caliente; fomentos de agua caliente con hierba del manso o alguna otra, para hacer cataplasmas (como desinflamatorio), este tratamiento, hasta cierto punto de vista, primitivo.

Así es que los enfermeros trabajábamos mucho y por un peso diario, tres comidas y un cuarto para descansar o dormir con jornadas de 14 o 15 horas de trabajo, en muchas ocasiones levantarse a la media noche para atender enfermos que se agravaban o más heridos que llegaban de los frentes, a cada enfermero le tocaban más de 40 heridos a cada uno, a mí me tocaban mucho más, porque decían que yo era más cuidadoso y no tan brusco en las curaciones. Logré hacer muy buena amistad y comunicación con todos ellos. Cuando eran dados de alta y que salían al campo de batalla me decían:

—Capitán, si ya no regreso, por favor avísele a mi familia para que se regresen a su pueblo.

Y cuando la suerte los socorría y lograban regresar, gritaban:

—¡Capitán!, ¡ya regresé!, ¡ya regresé, capitán!

Y yo les preguntaba:

—¿Y tu compañero?

Algunas veces, con lágrimas en los ojos, contestaban:

—Ese ya no regresó, por allá se quedó tendido en el campo.

Ya estaba cansado de tanto trabajo y de un salario escaso, a eso se le agrega las derrotas que sufrió la División del Norte en Celaya, y la triste noticia de que en una batalla en la ciudad de Camargo, Villa había muerto y que en su lugar había quedado el general Francisco Beltrán, como jefe. Esto bastó para que yo renunciara al hospital y me diera de baja de la División del Norte, además, ya había contraído matrimonio con Petra García Ortega, que era jefa de ropería de la lavandería del hospital.

En ese momento, los ideales y la vida de las personas con las que me había mantenido en la Revolución habían fallecido:

El señor Francisco I. Madero, con la idea de plasmar sus deseos de que la sociedad mexicana viviera en un país pleno de orden y respeto para todos los ciudadanos, sin distinción de clases, porque Porfirio Díaz impone una dictadura basada en el uso de la fuerza (ya sea a través de la policía y de los rurales, en otros casos, de los militares), para proteger a los pocos privilegiados que acaparan la riqueza nacional, sobre todo, en la industria y el comercio. Las fuerzas revolucionarias en todo el país, hicieron que el 25 de mayo de 1911, Porfirio Díaz renunciara, quedando como presidente interino Francisco León de la Barra. Cuando el señor Madero fue electo presidente de la República, y asumió la presidencia, el 6 de noviembre de 1911, todos los maderistas

nos volvimos militares, al cabo de 15 meses de su gobierno, y en un momento inoportuno, Victoriano Huerta dio el cuartelazo al gobierno de Francisco I. Madero, quien fue asesinado junto con el licenciado José María Pino Suárez, en febrero de 1913, a espaldas de la penitenciaría de la Ciudad de México.

Por otro lado, Francisco Villa, el bandolero como le llamaban los hacendados y autoridades, siendo de los de abajo, en donde se trabaja mucho por poco dinero, está en contra de la brutal explotación del hombre por el hombre, sigue deseoso de transformarse en líder de una causa que redima a la clase a la que pertenecen él, los pobres y olvidados de la sociedad, y si existe alguien más que luche por un país más justo, será una persona a seguir, así Villa sigue de cerca la figura y las ideas de Francisco I. Madero y se le une.

Recuerdo que cuando conocí al señor Madero, exactamente el día 6 de marzo de 1911, el día que salió herido de una mano en la batalla de Casas Grandes y lo curé, días después le pregunté:

—¿Por qué ustedes se están matando, mexicanos con mexicanos?

Y me contestó:

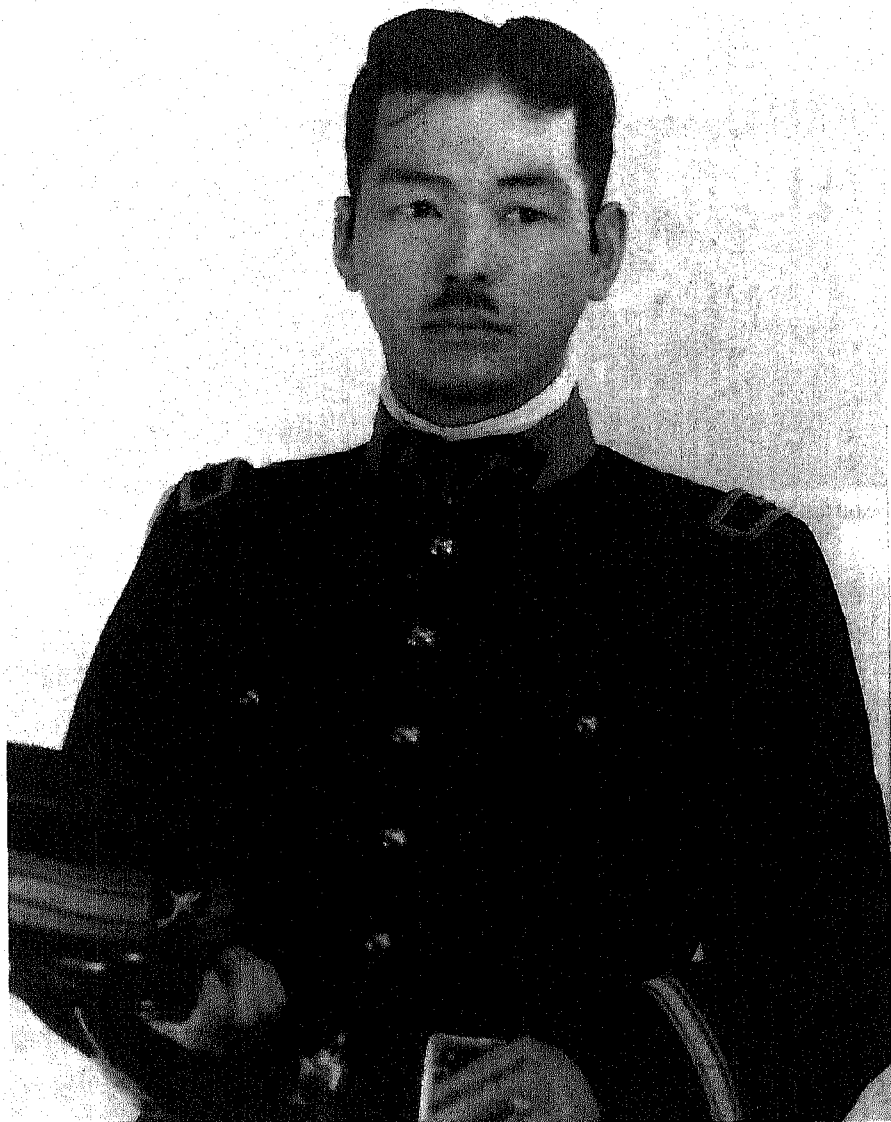
—Yo soy jefe de un grupo, y nos estamos matando unos a otros de la misma raza, pero ellos pertenecen al ejército federal, a la gente de Porfirio Díaz, el dictador, y para él, los mexicanos no tenemos garantías, ni justicia ni igualdad, somos esclavos de los ricos extranjeros y entre nosotros los mexicanos tenemos gente muy competente para desempeñar cualquier trabajo por delicado que sea, pero para el presidente Díaz, que apoya sólo a los

ricos extranjeros, los mexicanos no existimos. Por eso estamos matando a los partidarios y a la gente de Porfirio Díaz. ¿Me entendió, mi doctor Nonaka?

—Sí, señor.

Recuerdo que cuando estaba trabajando en el Hospital Civil de Cd. Juárez, antes de que me iniciara con las fuerzas maderistas, recurrían al hospital muchas madres llevando a sus hijos pequeños muy enfermos de gravedad, por falta de nutrición, por falta de alimento, para ellas y para los hijos, no tenían que comer, ni dinero para comprar comida, se morían de hambre.

Tuve catorce acciones en las que participé en la Revolución: dos con el ejército Maderista y doce con la División del Norte. Algunas con triunfos, otras con derrotas, pero todas ellas cargadas de esperanzas.



José Genaro Kingo Nonaka en su uniforme como Capitán Primero de Caballería perteneciente al Batallón de Sanidad de la División del Norte. Foto tomada en diciembre de 1915, fecha de la disolución de la División del Norte. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.



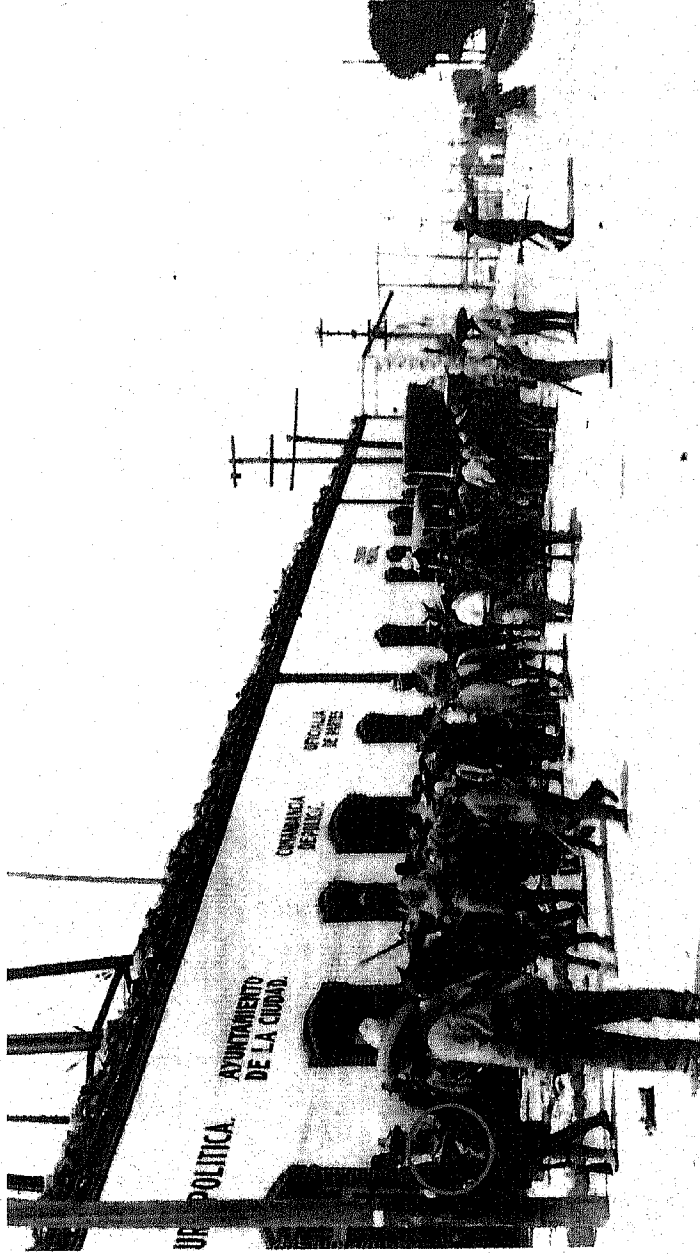
Ciudad Juárez en 1902. ©Mexicoenfotos/Detroit Photographic Co.



Madero y su esposa Sara acompañado de varias personas afuera del Hospital Civil y Militar de Ciudad Juárez, 1911. © 373842 CONACULTA.INAH.SINAFO.FN.MÉXICO



Kingo Nonaka como enfermero del Hospital Civil y Militar de Ciudad Juárez, 3 de julio de 1911. *Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.*



Toma de Ciudad Juárez por los maderistas, 8 de mayo de 1911. Al frente del grupo se observa a Kingo Nonaka (encerrado en un círculo rojo). Image: Otis Aultman Collection, El Paso Public Library-Special Collections.



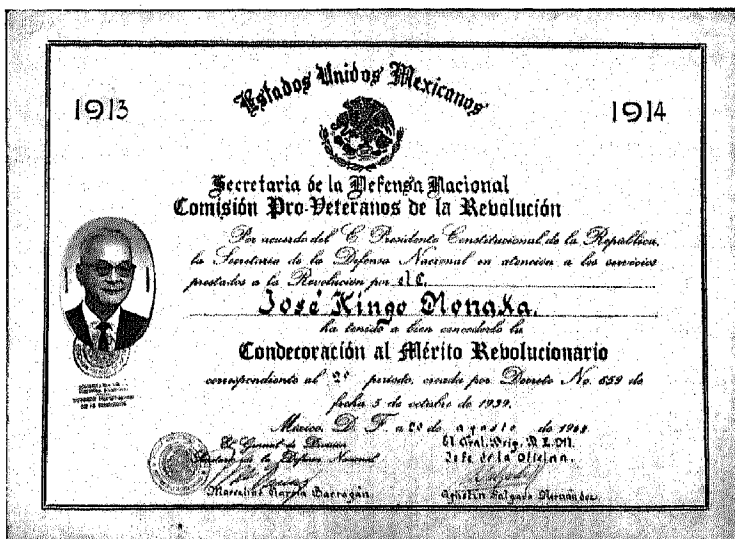
Toma de Torrcón, por el ejército de la División del Norte, 2 de abril de 1914. El señor Kingo Nonaka (encerrado en un círculo rojo) se encuentra localizado dirigiendo la carreta ambulancia, precisamente a un costado de la figura de Pancho Villa en su caballo. © 68163 CONACULTA.INAH.SINAFOPN.MÉXICO



Madero herido de un brazo después de la Batalla de Casas Grandes, Chihuahua, 6 de marzo de 1911. © 34269 CONACULTA.INAH.SINAFO.FN.MÉXICO.



Diploma a José Kingo Nonaka como Legionario perteneciente a la Legión de Honor Mexicana, otorgado la Secretaría de la Defensa Nacional, México, D. F., 6 de septiembre de 1967. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.



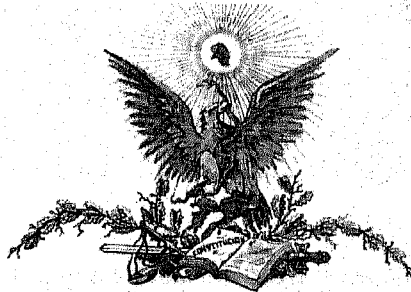
Diploma de Condecoración al Mérito Revolucionario a José Kingo Nonaka concedido por la Comisión Pro Veteranos de la Revolución de la Secretaría de la Defensa Nacional, México, D. F., 20 de agosto de 1969. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.

Unificación Nacional de Veteranos de la Revolución

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

Precursores
1906 - 1910

Veteranos
1910 - 1914



A. M. F. P.

Reconocida Oficialmente por la Secretaría de la Defensa Nacional

En atención a los méritos y servicios prestados a la Revolución por el

José Kingo Nonaka

se otorga la Condecoración creada por esta Institución, expidiéndole el presente

Diploma

México, D. F., a 4 de junio de 1968.

Por el ~~Supremo~~ Consejo Directivo

El Presidente,

Dr. José María Guerrero



El Secretario General,

Col. José Luis Gómez

Diploma a José Kingo Nonaka por la Unificación Nacional de Veteranos de la Revolución, en atención a los méritos y servicios prestados a la Revolución, México, D. F., 4 de junio de 1968. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.



Se acredita la personalidad del C. **JOSE KINGO NONAKA.**

como socio activo de esta Institución Nacional quien está reconocida por la Comisión Pro-Veteranos de la Revolución, de la Secretaría de la Defensa Nacional según oficio número **42** Expediente **T-1585** de fecha **4 de Noviembre de 1966.**

México, D. F., **3** de **Junio** de 196**8**

PRESIDENTE EJECUTIVO

SRIO. GENERAL

Grat. de Dto. T. No. Perdome

Corl Abel Baza Alvarado

FORMA DEL INTERESADO
1914

LIBRO NUM. **13** FOLIO NUM. **81** SOCIO NUM. **10323**

Credencial de José Kingo Nonaka reconocido como Veterano de la Revolución, por la Secretaría de la Defensa Nacional, 3 de junio de 1968. *Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.*

UNIFICACION NACIONAL
DE
VETERANOS DE LA REVOLUCION

RECONOCIDA POR LA SECRETARIA DE LA DEFENSA NACIONAL
Y PROTOCOLIZADA DEBIDAMENTE

PRECURSORES
1902 - 1910

SERIE D.
Nº 10323

VETERANOS
1910 - 1914

1921

ASOCIACION FRATERNAL PATRIOTICA



Legión de Honor Mexicana

Edificio de la Secretaría de la Defensa Nacional
Esta tarjeta acredita la personalidad del C.

Legionario.

JOSE KINGO NONAKA.

como miembro de esta Institución

Lomas de Soltero, D. F., a 14 de Mar. de 1967.

El Gral de Div Comdte. Gral.

Benito Bernal
BENITO BERNAL MIRANDA.

-306602-

Credencial de José Kingo Nonaka como integrante de la legión de Honor Mexicana, otorgada por el la Secretaría de la Defensa Nacional, 14 de marzo de 1967. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.

TOMESE NOTA
El Gral. de Bnda I de Admón y Orgn.

Manuel V. Quiros Lozada
MANUEL V. QUIROS LOZADA.
-186131-

Registrado a fojas **94** del libro respectivo.
Jefe de la Secc. Especial

Francisco Montero Fernandez de Lara
FRANCISCO MONTERO FERNANDEZ DE LARA.
-212238-

Firma del interesado *Jose Kingo Nonaka* **400043**
L-9707



1) Medalla al Mérito Revolucionario "1er. Periodo. 1910-1911", a José Kingo Nonaka como participante del Ejército Maderista; 2) Medalla al Mérito Revolucionario "2o. Periodo. 1913-1914", a José Kingo Nonaka como participante del Ejército Villista; 3) Medalla de la Legión de Honor a José Kingo Nonaka como reconocimiento y recompensa a los servicios prestados a la Patria y a la Revolución Mexicana; 4) Medalla de Condecoración de Veterano de la Revolución (División del Norte, 1913-1917), a José Kingo Nonaka. *Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.*



Fotografía oficial de José Kingo Nonaka con las distintas condecoraciones como revolucionario, 1967. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.



XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

LEGIONARIO NUM.
-9707.-

DEPENDENCIA	COMANDANCIA GENERAL DE LA LEGION DE HONOR MEXICANA.
SECCION	E S P E C I A L .
MESA	1/a. TRAMITE.
NUMERO DEL OFICIO	00000000
EXPEDIENTE	XX/112/L.- 9707..

ASUNTO: - Se le comunica su reconocimiento como-
LEGIONARIO.

México, D.F., a 30 de enero de 1967.

CIUDADANO
JOSE KINGO NONAKA.
Ave. Fernando # 9- 5.
Sol. Alamos, D.F.

LA COMANDANCIA DE LA LEGION DE HONOR MEXICANA, tiene la satisfacción de comunicar a usted que, en sesión de Consejo de esta fecha, fué aceptado su ingreso como Legionario, en virtud de haber llenado los requisitos a que se refieren los artículos 3/o. y 25/o. del Decreto que la creó, previo estudio de sus antecedentes.

CON DOS
ANEXOS.

En tal virtud, se servirá usted remitir para la expedición de su Diploma y Tarjeta de identidad 2 retratos tamaño visita y 2 mignón.

Con la fecha de su ingreso, queda usted incorporado a la División de Legionarios, EN EL DISTRITO FEDERAL, que es a las órdenes del C.Gral.de Div.Pens. AMADO CRUZ CORNEJO; debiéndose poner en contacto con el C. Comandante de la citada Unidad

BIENTAMENTE.
SUFRAGIO EFECTIVO. NO REELECCION.
EL GENERAL DE DIV. COMDTE.GENERAL.

Henito Bernal
HENITO BERNAL MIRANDA.
(306602).

- c.o.p. Gral.de Div.Pens. AMADO CRUZ CORNEJO, Comandante de la División de Legionarios EN EL DISTRITO FEDERAL, para su conocimiento y efectos correspondientes. PRESENTE.
- c.o.p. Gral.de Div.Jefe del Depto.de Archivo, Correspondencia e Historia, para que sea agregada al expediente del interesado. - EDIFICIO.

CONTABILIDAD DE LA LEGION DE HONOR MEXICANA



SECRETARIA
DE LA
DEFENSA NACIONAL

DEPENDENCIA	SECCION DE HONOR
	MEXICO D.F.
	Ciudad de México, D.F., 12 de Nov.
SECCION	
MESE	NOVIEMBRE
NUMERO DEL OFICIO	12
EXPEDIENTE	2-1585

ASUNTO: Se reconozca oficialmente como Veterano de la Revolución en el REGIMNO PERIODO al C. JOSE KINGO MONAKA.

México, D. F., a 4 de noviembre de 1966

AL SEÑOR JEFE DE LA DIVISION SECRETARIA:
P r e s e n t e .

Con la honra de informar a usted que en atención a la solicitud presentada ante esta Comisión por el C. JOSE KINGO MONAKA de 72 años de edad, fechada el 22 de Julio de 1964, se procedió al estudio de sus antecedentes revolucionarios, obteniéndose los datos siguientes:

Se inició a la Revolución con fecha 15 de abril de 1910, en filas Constitucionales de la División del Norte, que fue al mando del C. General FRANCISCO VILLA, en las que permaneció hasta el 15 de noviembre de 1915 en que fue disuelta la citada División.

Concurrió a varios hechos de armas contra fuerzas federales de usurpación huertista en los estados de Chihuahua, Durango, Coahuila y Zacatecas, durante los años de 1913 y 1914.

Se asienta lo anterior en certificados expedidos a su favor por los Veteranos de la Revolución CC. General de División EDUARDO B. DÍAZ PÉREZ y JESUS VÍCTOR TORRES GARCÍA. - Anexos al incidente.

Reúne los requisitos del Artículo IV inciso a) del Instructivo que rige a esta Comisión, por lo que el suscrito emite la siguiente

O P I N I O N :-

Se reconozca oficialmente como Veterano de la Revolución al C. JOSE KINGO MONAKA y se le conceda la Condecoración del Mérito Revolucionario correspondiente al REGIMNO PERIODO, creada al efecto.

R E S P E T U O S A M E N T E
SUSCRIPCIÓN EFECTIVA. NO REELECCIÓN
EL GRAL. DE BGDA. DEM. J. DE LA C.

REVISADO
EL GRAL. DE BGDA. J. DE ONG. Y ADMON.

MARCEL V. QUIROS LOZADA.
(186131).

ALFONSO CARRASCO QUIROS.
(147763).

R. V.

C. JOSE KINGO MONAKA, para su conocimiento - Bolívar 25 Depto. 106 Ciudad.

Sujeto a revisión del H. Consejo de Honor -
el presente estudio, falló favorablemente el reconoci-
miento como VETERANO DE LA REVOLUCION.

México, D. F., a 7 de noviembre de 1966.

SEÑOR GRAL. DE DIVISION COMANDANTE.



Bernito Bernal
BERNITO BERNAL MIRANDA.

(306602).

APROBADO:

P.O. DEL C. GRAL. DE DIV. SRIO.
EL GRAL. DE DIV. SUBSECRETARIO.

Juan-José Castellón Salcido
JUAN-JOSÉ CASTELLÓN SALCIDO.

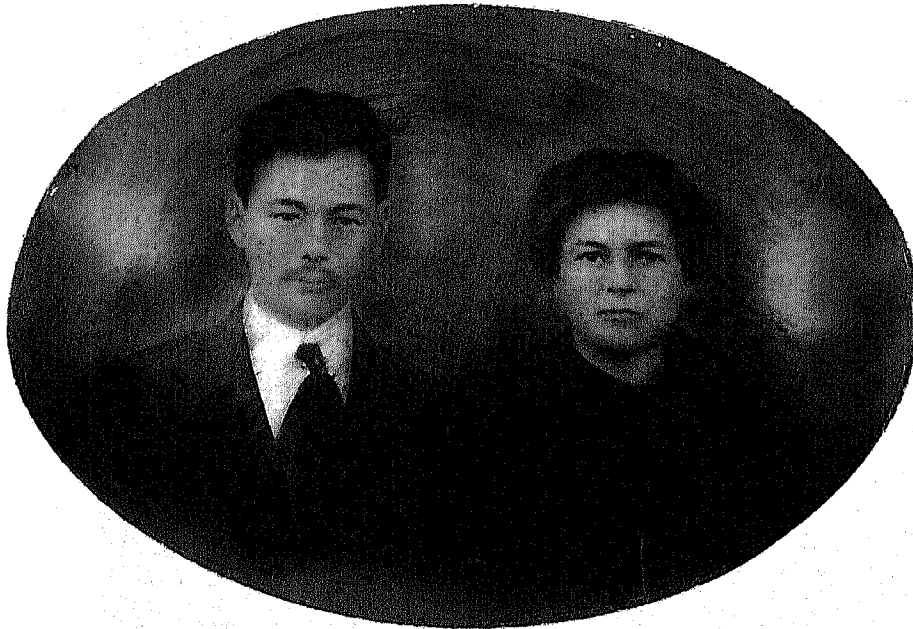
(112999).



Grupo de exvillistas, entre ellos José Kingo Nonaka, en la inauguración del majestuoso Monumento a Pancho Villa, localizado en la Avenida Universidad, en la Ciudad de México, junio de 1970. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC.



Momento en que José Kingo Nonaka es felicitado por el entonces presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, y una vez que fue condecorado por el secretario de la Defensa Nacional, general de división Marcelino García Barragán, Ciudad de México, 6 de septiembre de 1967. Colección Genaro Nonaka García, Fototeca del Archivo Histórico de Tijuana IMAC



Kingo Nonaka y su esposa Petra García, circa 1920. *Col. Genaro Nonaka García, en Archivo Histórico de Tijuana-IMAC.*

ÍNDICE

Prólogo

Kingo Nonaka y sus andanzas (3)

Gabriel Rivera Delgado

Agradecimientos (9)

Presentación (11)

Introducción (13)

Por los caminos de la Revolución (29)

Luchando con los maderistas (32)

A las órdenes del general Villa (40)

Un trabajo especial... (46)

Rescatando de las aguas profundas al general Fierro (51)

El encuentro con el general Obregón (57)

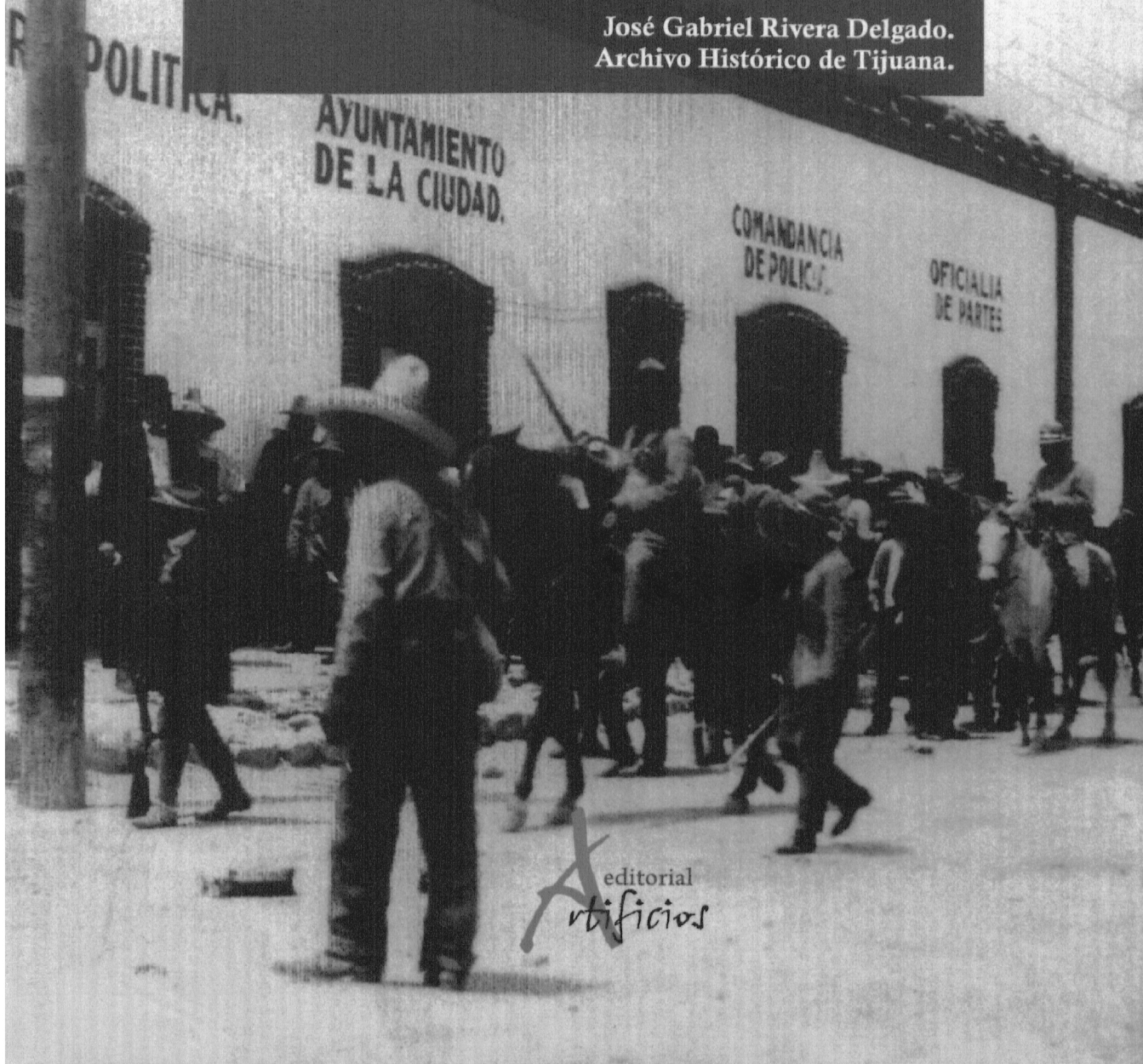
Adiós al ejército revolucionario (60)

Selección de imágenes (65)

Kingo Nonaka. Andanzas revolucionarias, de Genaro Nonaka García, se terminó de imprimir en noviembre de 2014 por Editorial Artificios (Abelardo L. Rodríguez, Col. Maestros Federales, C.P. 21370, Mexicali, Baja California). El tiraje constó de 500 ejemplares.

Los testimonios guardados en el baúl de los recuerdos de su hijo, Genaro Nonaka García, al lado de las anotaciones que en vida elaboró Kingo Nonaka, hoy se compilan y se presentan por primera vez en este libro que consideramos llamará la atención de muchos interesados en la historia de Tijuana y de México.

José Gabriel Rivera Delgado.
Archivo Histórico de Tijuana.



Editorial
Artificios